

The background of the cover is a dark teal color, overlaid with several semi-transparent, stylized representations of COVID-19 virus particles. These particles are spherical with numerous small, protruding spikes, characteristic of the virus's morphology. The particles are scattered across the page, with some appearing larger and more detailed than others, creating a sense of depth and focus on the pandemic theme.

LA FE EN TIEMPOS DEL COVID19

Reflexiones de un teólogo en cuarentena

DR. FERNANDO ABILIO MOSQUERA

© Editorial Clie

La fe en tiempos del Covid19: Reflexiones de un teólogo en cuarentena

Autor: Dr. Fernando Abilio Mosquera



ÍNDICE

Introducción	4
¿Siendo Dios bondadoso, inflige castigo al ser humano?	11
Los retos de nuestra fe	19
Nuestra oportunidad de poner las cosas en su perspectiva correcta	27
Epílogo: el día de la indignación de Yahweh	36
Conclusión	48
Bibliografía	56



INTRODUCCIÓN

Escribo estas reflexiones desde la quietud de mi casa, quietud impuesta por Dios, quien para tales menesteres, utilizó la pandemia causada por el *Covid 19*, por cuya agencia diversos gobiernos del mundo, entre ellos el de mi país (Colombia), decretó a sus ciudadanos una cuarentena obligatoria, la cual nos ha conminado a permanecer en casa.

Tales circunstancias podrían provocar algunas tendencias y actitudes en el sujeto: sumirse en el tedio debido al “encierro en casa”, disfrutar del ocio que se desprende de tal quietud, trabajar en y desde la apacibilidad del hogar, hacer uso de la imaginación creadora para fomentar el arte y la cultura, dedicarse a la investigación y a la reflexión, leer buenos libros, buscar la presencia de Dios para encontrarle sentido a este agujón que está azotando a la humanidad, re-direccionar el sentido y rumbo de nuestra vida individual, fortalecer las relaciones familiares, hacer “un alto en el camino” para “desintoxicarse” de la vida azarosa que hemos llevado; aprovechar la ocasión para combinar las anteriores actividades con el descanso, y así, combatir eficazmente el estrés; aprovechar la ocasión para revisar nuestro paso por el orbe con el fin de arrepentirnos de la vida banal que hemos llevado, buscar a Dios y convertirnos o reconvertirnos al Señor Dios todo poderoso, iniciar el camino de regreso a la re-humanización (volver a humanizarnos). En fin, hay múltiples acciones que podríamos emprender en medio de esta cuarentena. Tales posibilidades, realmente no dan lugar al tedio, ni al aburrimiento, ni al estrés ni a la depresión.

Mi libertad responsable me impuso la obligación moral de decidir qué hacer en esta cuarentena, por lo cual tomé algunas decisiones: Disfrutar todo lo que el Señor, en su generosidad benevolente, me ha dado: mi familia (esposa, hijo, nuera y nietos), mi casa, el paisaje que circunda el condominio campestre donde vivo, disfrutar la imponente figura del “Cerro Quitasol” que queda al frente del condominio y que desde la ventana de la alcoba principal de mi casa puedo entrar en contacto visual con él; disfrutar de una reconfortante taza de café; ser perturbado por el bullicio y por los gritos intempestivos e inquietantes de



mis nietos David Santiago y Sara Sofía de ocho y tres años respectivamente; la oportunidad de descansar, leer, buscar la presencia de Dios a través de la oración y del estudio de la Palabra; ejercer la labor pastoral desde mi quietud existencial, para lo cual hago uso de los medios tecnológicos que están a mi disposición; interceder profusamente por la humanidad, por la grey que nuestro Hacedor y Redentor ha puesto a mi cuidado, por mi familia, por mis parientes, por mis amigos, por mis vecinos, por los gobernantes y por todos los trabajadores del sector salud; realizar mi labor docente desde mi casa, y reflexionar, reflexionar y reflexionar.

Decidí abandonar la investigación durante esta cuarentena, ya que esta labor subsume parte de mi tiempo laboral, así que opté por “desintoxicarme”, mientras dure la cuarentena, de la noble y académica labor investigativa. Por esta razón estas reflexiones no tienen carácter investigativo, sino reflexivo.

Así, entonces, este escrito no tiene rigurosidad académica ni investigativa, debido a que es una especie de “*versión libre del pensamiento*”. Si al lector le pareciera que estas reflexiones no tienen rigor argumentativo, tiene razón, porque las disquisiciones que pongo en sus manos son *exhalaciones del alma*, no *elucubraciones del intelecto*, aunque para ser honrados, se necesita la confluencia de las *exhalaciones del alma* con las *elucubraciones del intelecto*, porque somos una especie de *sínolo* conformados por intuiciones, emociones, espiritualidad, sensibilidad, razón, fe y corporeidad (con todas las complejidades biológicas y químicas que la conforma, además del entramado neuronal que posee el organismo humano); por tanto, toda actividad humana está transversada por estas cualidades humanas, y este discurso no puede ser la excepción.

En mis reflexiones tenía que considerar la relación inescindible que existe entre Dios, señor de la historia, señor de la vida y señor de su creación; los acontecimientos que ocurren en la historia, sobre todo en la historia contemporánea, y más específicamente, la relación existente entre Dios y el *Covid 19*, y las responsabilidades humanas. Este tipo de consideración es transversado, inevitablemente, por algún nivel de especulación, y, no por una actividad científica de parte mía, ya que no existen parámetros medibles, objetivos, claros y científicamente diseñados que señalen tal relación; por esto mismo, es una reflexión, no una investigación. Y como reflexión, es susceptible de cualquier tipo de críticas, consensos y disensos.



A mis estudiantes les he enseñado durante décadas el señorío de Dios sobre la historia, dado su carácter de Señor, Rey, Juez, Creador, Redentor y Santificador. Este carácter polivalente y soberano le da el derecho a dirigir el decurso de la historia, para lo cual, invita al hombre para que sea coprotagonista, socio y aparcerero de Dios en los proyectos históricos jalónados por el Soberano de los reyes de la tierra. Pero a la vez, dado que el hombre fue creado como un ser moralmente responsable, Dios respeta ese don que le otorgó al hombre el día de su creación: la volición como expresión de su *libre arbitrio*. Por supuesto que tenemos serios problemas para articular la relación inescindible que existe entre soberanía de Dios y libertad del hombre, sobre lo cual se han escrito innumerables tratados teológicos y filosóficos. Así que éste no es el espacio para entrar a plantear dicha realidad paradójica. Pero el punto es que Dios invita al hombre a participar del decurso de la historia, para lo cual respeta “moderadamente” la libertad que le otorgó a la raza humana de tomar decisiones morales.

Pero siempre surgirá la pregunta: ¿qué pasa cuando los intereses de Dios y los del hombre se contraponen? ¿Qué sucede cuando el ser humano decide emanciparse del carácter tutelar del Dios de la historia? ¿Qué sucede cuando el hombre, en franca rebeldía, le dice a Dios ‘tu proyecto no me interesa, quiero seguir mi propio rumbo’? Es a partir de esta “ruptura” cuando al ser humano comienza a advenirle grandes males, como los que padece en la época contemporánea.

Escribo estas reflexiones en pleno suceso (mes de abril del 2020), a pocos meses de haberse descubierto el *Covid 19*, por tanto es demasiado prematuro para tener conocimiento pleno de la realidad y alcances de lo que la raza humana está viviendo; todavía hay muchas preguntas sin respuestas, hay muchas incertidumbres, las cuales provocan ansiedad, temor, estrés y depresión en ciertos individuos. Todavía no sabemos cuál es el origen de este virus, si fue provocado consciente y deliberadamente o si fue provocado inconscientemente por persona alguna, o por instituciones o gobiernos. Y es justamente en medio de estas incertidumbres donde y cuando estamos obligados a hacer uso legítimo de nuestro derecho a la reflexión, y tratar de comprender lo que está pasando. Como quiera que, relacionado con esta pandemia, nada está aclarado, ni definido, ni comprendido, ni establecido, toda reflexión que se hace en tales circunstancias, corre el riesgo de “estar fuera de lugar” y por tanto ser desatinada. Las reflexiones que presento en este Breviario corren ese riesgo, pero debo asumirlo como un deber espiritual, moral, pastoral e intelectual.



Puesto que este breviario se escribe sobre la marcha, es decir, en pleno expansionismo del virus, tiene un carácter de provisionalidad, escrito inacabado, reflexión inconclusa e incompleta; por tanto, cuando éste llegue al público, gozará de cierta obsolescencia, toda vez que el contagio habría alcanzado niveles preocupantes, o la curva se habría aplanado, de tal manera que las preocupaciones de los gobiernos y de la sociedad en general habrían disminuido o aumentado. No obstante, el objeto central de estas reflexiones continuará gozando de actualidad y de pertinencia por la legitimidad que lo anima y el asunto mismo es pertinente para cualquier época de la historia: *la fe en diálogo con su contexto histórico*.

Además, el lector observará que este Breviario lleva por subtítulo *reflexiones de un teólogo en cuarentena*. Ese subtítulo es intencional, porque la reflexión se hace desde un confinamiento liberador: estoy en cuarentena, “atrapado” en las paredes de mi casa, pero libremente gozoso por la gran bendición que comporta dicho confinamiento. No estoy atrapado, estoy libre, exultante, con tiempo suficiente para pensar y relacionarme de forma distinta con las personas. Esas relaciones son más profundas y menos matizadas por la hipocresía. Es un “confinamiento” que me permite disfrutar de mi familia 24 horas al día, por lo que es un confinamiento gozoso. Y es el confinamiento de un teólogo, lo que implica que estas reflexiones tienen un carácter bíblico-teológico.

Un dato más que quiero que el lector tenga en cuenta: la raza humana ha vivido varias pandemias a lo largo de la historia: tifus, plaga de Justino, sida (cáncer gay), gripa española, peste negra, peste bubónica, sarampión y viruela, entre otras, las cuales han dejado un estimado de 789.000.000 de personas muertas, y probablemente esta pandemia no alcance las cifras horribles y escandalosas que han dejado sus homólogas. Por ejemplo, el Sida desde su aparición ha dejado más de 30.000.000 de personas muertas. Si los gobiernos adoptaran las políticas correctas y la ciudadanía asumiera una actitud responsable, el nivel de muertos no llegaría ni siquiera a la cifra dejada por el tifus, el cual ha aportado, según datos estimativos, 4.000.000 de personas muertas (es la pandemia que menos muertos ha dejado antes de la aparición del Covid 19).¹ Y esto será así, no tanto por las acertadas políticas que asumirían los gobiernos y por el comportamiento responsable y prudente que tendría la ciudadanía, sino porque esta pandemia, según *mi criterio intuitivo*, sólo es un llamado de atención de Dios, es una voz de alerta en prevención del terrorífico juicio de Dios que

¹ Para más detalles, consúltese a Lennox, John, *¿Dónde está Dios en un mundo con coronavirus?*, (Colombia: Poema Publicaciones, 2020), p 15



advendrá a las naciones del planeta tierra si la raza humana no aborta su rebelión contra el Señor, y cambia el rumbo de su vida.

Estas reflexiones están constituidas por cuatro ítems:

*¿Siendo Dios bondadoso, inflige castigo al ser humano?

*Los retos de nuestra fe

*Nuestra oportunidad de poner las cosas en su perspectiva correcta

*Epílogo: el día de la indignación de Yahweh

Quiero cerrar esta introducción haciendo un breve rastreo a las dos primeras décadas del siglo XXI para detectar la virulencia con la cual se ha manifestado este joven siglo, el cual se encuentra aún en su temprana juventud. En el segundo año de su nacimiento, nuestro siglo comenzó a azotar despiadadamente a la raza humana. Es como si el siglo XX le hubiera encargado a la *neonata centuria* continuar las acciones devastadoras con las que golpeó a nuestra raza durante los 100 años de su existencia. Y es como si la consigna del siglo XXI, desde su nacimiento, hubiera sido traer consigo una nueva era para la raza humana.

En estos primeros 20 años del siglo XXI, la humanidad ha experimentado las siguientes catástrofes:

*El 11 de septiembre de 2001 un atentado terrorista perpetrado por los *yihadistas* Al Qaeda a las torres gemelas y al Pentágono dejó 3.016 muertos y más de 6 mil heridos en USA. Así, el naciente siglo golpeó despiadadamente a la Gran Superpotencia del Norte.

*Un *tsunami* azotó el Océano Índico el 26 de diciembre de 2004 dejando 160.000 muertos y afectando considerablemente a 14 países.

*En el oeste de Sudán (región de Darfur) se presentó un conflicto militar racial entre los *yanyauid* y los negros, en el 2005; tal conflicto produjo un desplazamiento de 180.000 sudaneses hacia Chad. En este mismo año, en Cachemira, India, murieron 85.000 personas por causa de un terremoto; y entre el 21 y el 31 de agosto, el *Huracán Katrina* azotaba implacablemente a Bahamas, Florida, Cuba, Luisiana, Misisipi, Alabama, dejando 1.836 muertos.

*En abril de 2007 un terremoto sacudió fuertemente las Islas Salomón, dejando 52 personas muertas.



*Un año después (2008) en Birmania el *Ciclón Nargis* dejó 84.000 muertos, y más de 50.000 desaparecidos. Ese mismo año un terremoto provocó la muerte de 85.000 personas en Sichúan, China.

*En el 2010 un terremoto dejó 225.570 muertos en Haití. Ese mismo año un terremoto en Chile mató a 525 personas.

*Un año después (2011) un terremoto submarino produjo un *tsunami* en Japón, dejando 16.000 muertos, miles de heridos, edificaciones destruidas; y provocó pérdidas materiales calculadas en billones de dólares; además, hizo colapsar la central nuclear de Fukushima, poniendo en peligro la salud y la vida de millones de personas en nuestro planeta.

*En el 2012 se produjeron inundaciones en Filipinas, dejando a más de 10.000 personas damnificadas.

*Un año después (2013) el *Tifón Haiyán* obligó a más de 4 millones de filipinos a huir para salvar sus vidas.

*En 2015 un terremoto devastó a Nepal, dejando 8.600 muertos.

*En el 2016 un terremoto sacudió a Ecuador, dejando a miles de personas damnificadas. Este mismo año, el terremoto *Kaikoura* azotó a Nueva Zelanda produciendo *tsunamis* que causaron grandes estragos en la nación.

*En el 2017 en Somalia, una aniquilante sequía mermó considerablemente la producción agrícola y pecuaria, produciendo hambre y acentuando el conflicto bélico interno.

*El 22 de diciembre de 2018 el volcán *Anak Krakatau* provocó un *tsunami* en Indonesia provocando 280 muertos y más de 1.000 heridos.

*En el 2019 el *Ciclón Idai* dejó más de 1.000 muertos en Mozambique, Zimbabue y Malawi. Finalizando el mismo año, devastadores incendios azotaron al Amazonas y a Australia, dejando millones de hectáreas destruidas y millones de animales incinerados.



*Y el año 2020 trajo consigo la pandemia provocada por el Covid 19, la cual ha provocado a la fecha aproximadamente cinco millones de infectados y más de medio millón de muertos en nuestro planeta. ²

A lo anterior, habría que añadirle la intensificación de conflictos bélicos en diversos sitios del planeta tierra.

Los sucesos que han ocurrido en nuestro siglo provocan preguntas, tales como: ¿qué está sucediendo en nuestro planeta? ¿Se verá la raza humana obligada a modificar sustancialmente su estilo de vida? ¿Nos está invitando nuestro Creador a ser más responsables y cuidadosos en la administración de los recursos tanto renovables como no renovables que puso bajo nuestro cuidado? ¿Estamos dispuestos a entender que estas tragedias están predicando la necesidad de fortalecer la unidad de la humanidad a pesar de tantas diversidades étnicas, culturales, económicas y sociales? ¿Estamos en condiciones de re-descubrir formas éticas, morales, filantrópicas y espirituales para coadyuvar en la redención integral de los grandes sectores marginales de la población mundial? ¿Acaso será que a través de estos sucesos Dios nos está invitando a abandonar nuestra impiedad para emprender el camino de regreso a la casa del Padre? ¿Hemos entrado a lo que la Biblia ha denominado “*los postreros tiempos*”?

Estas y otras preguntas deben ocupar nuestra atención para buscarles respuestas pertinentes y coherentes.

El lector debe leer este breviarío con cuidado y con mente crítica, puesto que en él no hay verdades absolutas, sólo el intento de un teólogo por entender la relación que existe entre Dios, *Covid 19* y responsabilidades del cristiano en medio de esta circunstancialidad. Así que relájese y proceda a leer estas breves anotaciones.

² Para mayor información, consúltense las siguientes páginas de donde se extrajo la mayor parte de los datos ofrecidos en la última parte de esta introducción: <https://www.dw.com/es/tsunamis-del-siglo-xxi/g-46850600>
<https://eacnur.org/es/actualidad/noticias/emergencias/los-peores-desastres-naturales-del-siglo-xxi>
<https://latam.historyplay.tv/microsites/desastres-en-tiempo-real/noticias/las-5-catastrofes-mas-devastadoras-del-siglo-xxi>



¿SIENDO DIOS BONDADOSO, INFLIGE CASTIGO AL SER HUMANO?

Estas reflexiones, *la fe en tiempos del Covid 19*, se hacen con el propósito de animar a los cristianos a fortalecer su fe y confianza en el Señor, y a los que aún no han rendido sus vidas ante la majestad de Jesucristo, los exhorto a arrepentirse y a confesar a Cristo como su Señor, Dios, Salvador y Santificador, y hacer votos de fidelidad delante de él.

BASE BÍBLICA

Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican. Rom 1:28-32

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita. 2 Tim 3:1-5

Esta descripción que Pablo hace de los hombres de su tiempo, es una perfecta radiografía y semejanza de nuestra sociedad hodierna, esto es, de nuestra sociedad contemporánea.

El Señor nuestro Dios en su bondad y gentileza nos ha concedido a todos un período de asueto para que en este tiempo de su duración fortalezcamos las



relaciones familiares, dediquemos tiempo para fortalecer y afianzar las relaciones con nuestro Hacedor y Redentor, para descansar, para poner nuestra vida en su perspectiva correcta, para priorizar los valores, y la lista continúa.

Por mi parte he utilizado este tiempo para estar en familia, trabajar desde casa, buscar el rostro de Dios, ampliar y profundizar el misterio de intercesión y reflexionar, en lo cual me he ocupado profusamente. He leído las Escrituras para encontrarle sentido a este “sinsentido” que se llama *Covid 19*, popularmente conocido como *Coronavirus* o *Nuevo Coronavirus*.

He escuchado a algunas personas, ancladas en el humanismo cristiano, afirmar que Dios no castiga porque él es el Señor de la vida y es un Dios de amor. Aunque esa postura es loable y pretende ser consoladora, en su esencia es errónea y desorientadora. ¿Por qué se quiere despojar de este derecho inalienable que tiene Yahweh Dios? Él tiene derecho a juzgar y a castigar porque es Juez y es Rey soberano. Castigo y bondad no son incompatibles, son dos lados de la misma moneda, pues se imbrican en una realidad paradójica.

El humanismo tanto secular como cristiano profesa una fe decisiva en el hombre y en sus potencialidades, una fe sobre la bondad connatural del hombre, por lo que privilegia un exagerado optimismo antropológico. En algunos casos, el humanismo cristiano hace girar a Dios en torno al hombre, y por tanto, los humanistas cristianos afirman que Dios está referido al hombre, por lo que a Dios lo encontramos en el otro. Entonces, se privilegia la fe del sujeto en el individuo mismo. Este carácter antropocéntrico fue expuesto por Norman Vincent Peale (1898-1993, creador de la teoría del Pensamiento Positivo) autor de los libros *Por qué Algunos Pensadores Positivos Obtienen Resultados Poderosos* y *El Poder del Pensamiento Tenaz*, y por Émile Coué, pensador francés quien vivió a principios del siglo XX y autor del libro *El Dominio de Sí mismo*. Esta fe humanista, constituye la reivindicación del individuo ante el mismo individuo. Norman Vincent Peale escribió :

Confíe en usted mismo. ¡Tenga fe en su aptitud! Sin una humilde pero razonable confianza en sus propios poderes, no triunfará ni será feliz; en cambio, una sana confianza en usted puede darle el éxito. Un sentimiento de inferioridad e insuficiencia interponese en la realización de sus esperanzas; pero la confianza en sí mismo le dirige a la acción y al éxito. Como esta actitud mental es de tanta importancia, el presente libro le ayudará a confiar en sí mismo y liberar sus poderes interiores.³

3 Norman Vincent Peale, *El Poder del Pensamiento Tenaz*. Trad. Jaime Díaz Rozzotto. México: Grijalbo, S.A., 1983. p 13.



Por su parte, Émile Coué acude a la autosugestión como el motor liberador de las potencialidades humanas, por esa razón le adjudica un lugar importante a la siguiente frase, escrita en su libro *El Dominio de Sí mismo*: “Día tras día, en todos los aspectos, me va mejor y mejor”. Este acto repetitivo de palabras y frases ha recibido el nombre de Couéismo.

Otros pensadores recientes también afirman su confianza en el hombre. Esta confianza antropocéntrica aunque es loable y deseable encarna un problema que consiste en la emancipación del hombre de su Dios, quien ya lo ha hecho. Realmente lo ha venido haciendo desde la Modernidad. Es cierto que Dios dotó al hombre de cualidades y le ha entregado inmensos recursos, los cuales debe usar con inteligencia y responsabilidad. Es cierto que el hombre posee una inteligencia exquisita y una imaginación creadora desarrollada, es cierto que Dios le ha otorgado al hombre la capacidad de transformar elementos de la naturaleza para el bien de la raza humana, pero también es cierto que estas potencialidades son dinamizadas y direccionadas por la asistencia divina. Dios permite que viajen de la potencia al acto.

Si el hombre rompe su relación con Dios, pervierte estas cualidades, y al pervertirlas, ellas privilegiarán la voracidad, la rapiña y la depredación del hombre por el hombre, como efectivamente le ha sucedido a la raza humana. De ninguna manera el ser humano debe centrarse en sí mismo, por el contrario, Dios debe ser el eje gravitacional alrededor del cual gire la vida humana (aun cuando a esta dependencia algunos la llamen *cuadrupedismo*), y esto con el fin de que el hombre siga siendo el humano que salió de las manos de Dios. Su emancipación (*bipedismo*) se torna inquietantemente caótica.

El humanismo cristiano, podría caer en la trampa de centrarse tanto en el hombre que sólo podría ver las acciones favorables de Dios para el ser humano, pero inconsciente o conscientemente podría ignorar que el hombre tiene un juez, un rey y un legislador a quien debe someterse y rendir cuentas.

Ubiquémonos en la analogía política: los estados modernos están representados en una tríada política: Rama Legislativa, Rama Judicial y Rama Ejecutiva. Estas pueden estar coordinadas y eclécticamente separadas, como en las democracias liberales, o pueden estar concentradas en un solo poder como se da en los regímenes monárquicos. Trasladando esta verdad básica de las Ciencias Políticas, al campo divino, la Biblia afirma que Dios es juez (*Shophet*), Legislador, es decir, dador de la ley divina, y Rey (*mélek*). Como Legislador diseña y



promulga las leyes, como Juez, juzga y al hacerlo otorga recompensas e inflige castigos; y como Rey, gobierna. Tiene estas facultades como soberano y es soberano por derecho de creación por derecho de redención, por derecho de posesión y por derecho de soberanía (cf. Sal 24:1 y Sal 47:2,7 estos salmos afirman la soberanía de Dios; cf. Hech 4:24, donde la Iglesia Apostólica reconoce a Dios como *despotés*, despoth,j).

Cuando leemos a los profetas descubrimos que Dios anuncia castigo a los pueblos, debido a la impiedad y rebelión de éstos.

Dios es infinitamente amoroso, justo, santo, compasivo, misericordioso y paciente; todos estos atributos van dirigidos a sus criaturas, especialmente a los seres humanos. Por su amor, misericordia, bondad y paciencia, soporta nuestros pecados y hace ingentes esfuerzos por redimirnos de ellos, por lo que todos los días nos llama al arrepentimiento y a la conversión.

He aquí algunos de esos llamados: *“He aquí que yo dispongo mal contra vosotros, y trazo contra vosotros designios; conviértase ahora cada uno de su mal camino, y mejore sus caminos y sus obras”* (Jer 18:11b). El mismo llamado lo hace Dios, a través del profeta Jonás: *“... cúbranse de cilicio hombres y animales, y clamen a Dios fuertemente; y conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña que hay en sus manos”* (Jon 3:8). El angustioso llamado de Dios al pueblo rebelde y contumaz es *“volveos, volveos a mí y yo me volveré a vosotros”*. *“convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo”* (Jl 2:12,13).

Y en Ezequiel pregona *“Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, y viviréis”* (Ez 18:32).

El arrepentimiento y la conversión es la respuesta que Dios espera del ser humano para no proceder a ejecutar su juicio contra las naciones impenitentes y contumaces.

Los profetas hablaron del *Yom Yahweh*, es decir, el día de Yahweh, el cual entre otras cosas, es el día en que Dios ejecutará su juicio a las naciones por los múltiples pecados que han cometido contra la santidad y majestad divinas. Por ejemplo, Oseas proclama el juicio de Dios contra Israel. Ese juicio está motivado por la idolatría en la que cayó la nación del norte. Joel habla del *Yom*



Yahweh en términos de “*día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra*” (Jl 2:2). Ese día de Yahweh tal como lo proclama Joel, será un día de juicio a las naciones. Amós proclama el juicio de Dios a toda Palestina (Siria, Filistea, Fenicia, Edom, Moab, Amón, Judá e Israel), pero también vendrá el día en que juzgará a las naciones: “*El Señor, Jehová de los ejércitos, es el que toca la tierra, y se derretirá, y llorarán todos los que en ella moran; y crecerá toda como un río, y mermará luego como el río de Egipto... He aquí los ojos de Jehová el Señor están contra el reino pecador, y yo lo asolaré de la faz de la tierra; mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice Jehová.*” (Am 9:5,8)

Escuchemos otro pregón de Amós:

Por tanto, así ha dicho Jehová, Dios de los ejércitos: En todas las plazas habrá llanto, y en todas las calles dirán: ¡Ay! ¡Ay!, y al labrador llamarán a lloro, y a endechar a los que sepan endechar. Y en todas las viñas habrá llanto; porque pasareé en medio de ti, dice Jehová. ¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz; como el que huye de delante del león, y se encuentra con el oso; o como si entrare en casa y apoyare su mano en la pared, y le muerde una culebra. ¿No será el día de Jehová tinieblas, y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor? (Am 5:16-20)

Por su parte, Abdías, habla del castigo de Edom por todos los pecados que cometió contra Dios. Nahúm predice el castigo de Dios a Asiria, y más específicamente a Nínive su capital. Sofonías habla del castigo de Yahweh contra Palestina y contra las naciones de la tierra. Los profetas postexílicos: Hageo, Zacarías y Malaquías hablan del día de Yahweh, el cual advendrá con el Mesías, quien es denominado como el *Deseado de las naciones* (Hageo), *Siervo Renuevo* (Zacarías) y *Sol de Justicia* (Malaquías). Isaías, Jeremías y Ezequiel hablan del terrible día que vendrá a las naciones; remito al oyente a leer detenidamente el capítulo 7 de Ezequiel. Por favor léalo detenidamente y saque sus propias conclusiones.

De acuerdo con este breve recorrido por los profetas, podemos advertir inequívocamente que Dios castiga los pecados de los hombres, no sin antes darles la oportunidad de arrepentirse y convertirse de sus malos caminos.

Los humanistas tanto secularistas como cristianos tienen plena confianza en el hombre, y en su confianza propenden por lo que se ha denominado antropocentrismo. En su antropocentrismo convierten al hombre en el centro de



todo, esto lo establece sobre todo el humanismo secularista. Los defensores de esta postura no admiten la presencia de una realidad suprasensible y algunos defensores del humanismo cristiano consideran que no hay castigo divino para el hombre.

Pero examinemos en breve este asunto. El secularismo al romper con la trascendentalidad divina convierte al hombre en el gran legislador, por tanto, es éste quien decide qué es bueno y qué es malo, y con esto se rompe con los principios morales que ha sustentado a Occidente. Así las cosas, lo que otrora Dios declaró como abominación, el hombre contemporáneo lo reputa como conducta válida, aceptable y, por tanto, le otorga derechos y la eleva a la escala de valores que mueven los principios éticos de la sociedad contemporánea. Contra esta tendencia hay una advertencia divina: “*¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!*” (Is 5:20).

Todo esto constituye lo que Dios ha llamado *rebelión*. Rebelión viene del latín *bellum* que significa guerra. Los hombres le han declarado la guerra a todos los preceptos emanados, prescritos y promulgados por Dios, con lo cual, la sociedad decreta su propia tragedia. Escribe Ravi Zacharias en su libro *¿Puede el hombre vivir sin Dios?*: “El novelista ruso Fiódor Dostoievski escribió repetidas veces del infierno que se desata cuando el hombre se independiza de su creador y llega a ser su propio dios; y entendió las consecuencias. Ahora, como prueba de todo aquello, vemos cómo nuestra cultura avanza sin sentido alguno y a la deriva, dirigiéndose hacia el caos; ese es el resultado ineludible del choque de voluntades autónomas.”⁴

Ravi Zacharias expresa que el hombre ha querido establecer una moral y la felicidad suprimiendo a Dios, y afirma que “Y en esa búsqueda de la moral y la felicidad fuera de Dios, hemos perdido los tres –la moral, la felicidad y a Dios.”⁵ Y acto seguido escribe

Malcolm Muggeridge, aquel peripatético periodista que viajó por todo el mundo durante más de seis décadas, dijo, que si Dios está muerto, alguien tendrá que tomar su lugar. Será la megalomanía o la erotomanía, el ansia de poder o el anhelo de placer, el puño cerrado o el falo, Hitler o Hugh Hefner. Y aún podríamos añadir la explotación económica o sexual. A continuación,

⁴ Ravi Zacharias, *¿Puede el hombre vivir sin Dios?*, trad. Dorcas González Bataller, (Nashville: Grupo Nelson, 2018), 32.

⁵ Ravi Zacharias, *¿Puede el hombre vivir sin Dios?*, p 56.



Muggeridge añadió que hemos perdido nuestro punto de referencia moral porque hemos olvidado la parte más empíricamente verificable -aunque la que más se ha negado- de la experiencia humana: la depravación del ser humano.⁶

De esta manera se plantea las consecuencias que se desprenden de la “eliminación” de Dios. Así, entonces, hemos creado un gran mal moral, ético, espiritual, ambiental, económico y político; luego cuando vemos las consecuencias naturales de nuestros actos, acompañados por la reacción divina, entonces se levantan preguntas y consideraciones como ¿Si Dios es bueno y misericordioso por qué ha permitido esto? O Dios no puede haber causado esto porque Dios es bueno y, por tanto, no castiga, etc. Cuando más bien la pregunta debería ser ¿Por qué hemos generado o provocado este mal?, con esta última pregunta, trasladaríamos la responsabilidad a nosotros y no a Dios.

Volviendo a la pandemia que nos ocupa, no sabemos cuál es el origen de la misma, sin embargo hay quienes se han aventurado a tejer hipótesis (origen americano, origen chino, Bill Gates, enfermedad creada para vender vacunas, virus inventado por los medios, fabricado en un laboratorio, ingesta humana de murciélagos, bioterrorismo (Al Qaeda), administradores de fondo de pensiones), de las cuales sólo enumeraré cuatro ítems:

a) Origen chino. Esa postura afirma que China crea el virus y a la vez el antiviral con el propósito de apoderarse de los mercados del mundo. Puesto que ya estaban preparados pudieron construir hospitales y dotarlos eficientemente en pocos días. Sus aliados Rusia y Corea del Norte no han sido azotados porque ya estaban preparados para tal contingencia.

b) Complot de Bill Gates. El Laboratorio Británico Pirbright Institute y Bill & Melinda Gates Foundation, asociados con el multimillonario George Soros, Bill Gates, algunos dirigentes demócratas norteamericanos que conforman las “élites globalistas” se habrían asociado para crear el *Covid 19* con el propósito de menguar drásticamente la población mundial y sacar ventajas económicas.

c) El *Covid 19* tiene origen demoníaco, hipótesis surgida en el evangelicalismo popular.

6 Ravi Zacharias, ¿Puede el hombre vivir sin Dios?, p 56,57.



d) El *Covid 19* es un castigo proveniente de Dios, o es una acción permitida por Dios con el propósito de llamar al orden, al arrepentimiento y a la reconversión de la raza humana.

Si esta última hipótesis fuera cierta, pues *todo cabe en lo posible cuando lo posible es grande*, tendríamos que hacernos una serie de preguntas, las cuales responderemos en la tercera entrega de esta serie. Si esta hipótesis fuera cierta tendríamos muchos motivos para agradecer a Dios, para acercarnos a él y para glorificarlo, ya que su drástica intervención en la sociedad humana tendría carácter no sólo punitivo sino didáctico, correctivo y salvífico. Su intervención nos ayudaría a movernos en otra dirección. De esto hablaremos en la tercera entrega.

Mientras tanto, confiemos en la protección de Dios, disfrutemos nuestra familia, nuestro hogar, lo que tenemos y el tiempo de asueto que el buen Dios nos ha concedido.



LOS RETOS DE NUESTRA FE

BASE BÍBLICA

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” (Heb 11:1)⁷

El autor de la Epístola a los Hebreos presenta la fe en términos que combinan razón y fe, toda vez que manifiesta la racionalidad de la misma al caracterizarla con vocablos tales como *elpís* (evlpi,j, seguridad, confianza), *pragma* (para/gma*), *élenjos* (e;legcoj**). Estos vocablos son utilizados para identificar conocimientos basados en la combinación de realidad y racionalidad. Así, entonces, el autor afirma que *la fe es la seguridad de las cosas que con certeza se espera que ocurran, el pleno conocimiento de lo que no se puede ver físicamente*. Fe, por tanto, es certeza, convicción, seguridad, conocimiento indubitable de las cosas que sucederán aun cuando no se vean. Por su puesto que el autor de este tipo de fe es Dios.

“Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar.” (Hab 3:17-19)⁸

Por su parte, Habacuc, contempla la fe como la cualidad que supera todas las contingencias de la vida socio-económica. Aunque colapse el sistema productivo, aunque se destruya el sistema financiero, comercial, industrial, agrario y pecuario, la confianza en Dios se mantiene inamovible, incólume (Hab 3:17-19). Esta es la caracterización de la *'emunah* que se traduce como fe en el AT.

⁷ asunto, cosa, suceso

⁸ certeza, prueba, conocimiento pleno



En el AT la palabra que se traduce fe (*'emunah*) pertenece a una familia que denota fundamento y firmeza. A esa familia pertenecen los vocablos verdad (*'emeth*) y *amén*. La fe siempre tendrá su base en lo que es firme, inamovible, duradero y, por tanto, permanente. En cambio, la *fe sentiente*, que caracteriza la superficialidad de muchos cristianos, no ofrece la firmeza que se necesita en épocas de serias tensiones, de problemas angustiadores y de vicisitudes tanto personales como colectivas. En otras palabras, la *fe sentiente* no es apta para afrontar los retos que se nos presentan en este tiempo del *Covid 19*.

Denomino *fe sentiente* a la primacía de las emociones en la vida espiritual de los creyentes. Con frecuencia escuchamos a alguien decir “siento de parte del Señor”, o “siento hacer algo”, o “siento que algo va a suceder”. La *fe sentiente* es la fe de los sentidos, de los presentimientos, de lo imaginario, de los sentimientos, de las emociones, no de la convicción profunda basada en el ser de Dios y su revelación.

Para abordar este tema debo aclarar que en el ámbito evangélico hablamos de fe en varios sentidos:

**Fe como sistema doctrinal y como credo*, por lo cual hablamos de “confesión de fe”, “declaración de fe” y “fe evangélica” Este carácter se percibe en textos, tales como: 1 Tim 3:9; 4:1; 2 Tim 2:18; 4:7; Ti 2:2

**Fe como identificación de un grupo religioso*, por lo cual se habla de fe católica, fe evangélica, fe protestante, fe anglicana, fe luterana, etc.

**Fe como expresión de nuestra espiritualidad*, así, entonces, se habla de fe profunda, fe superficial, y también de “*fe sentiente*”. En este sentido hablamos de fe sencilla y de fe compleja o fe en época del Criticismo, el cual hace lo simple y sencillo en un sistema complejo.

**Fe como estilo de vida sobrenatural*.

Abordaremos la fe desde la expresión de nuestra espiritualidad, la cual incluye la fe como estilo de vida sobrenatural.

Existen dos clases de fe como dotación humana: a) *natural* y b) *soteriológica*. La *soteriológica* puede ser clasificada en fe salvífica y fe como don proveniente del Espíritu Santo para edificación del Cuerpo de Cristo.



El ser humano ha recibido, de parte de Dios, la fe y la esperanza como dones naturales para poder habitar *teleológicamente* en nuestro planeta. Esto necesita una explicación. La raza humana tiene una portentosa imaginación creadora, por la cual transforma lo dado. Cuando el hombre emprende una acción está seguro de que dicho emprendimiento arrojará los frutos esperados. Esta seguridad o confianza es la fe que el individuo tiene de que lo que está realizando o va a realizar dará los resultados esperados. Todos los seres humanos tenemos esta clase de fe. Por otra parte, todos confiamos en que transformaremos nuestro entorno para bien de nuestra raza. Esta confianza es la esperanza natural que nos mueve a actuar. Así, fe y esperanza se coligan, se interactúan y se interrelacionan en toda acción humana.

Si estas dos cualidades naturales no actuaran en el sujeto, no podríamos emprender ningún tipo de acción, y, consecuentemente, no realizaríamos ningún tipo de trabajo ya que careceríamos de las motivaciones suficientes y de la convicción necesaria para ejecutar cualquier acción. Esta es la fe natural que todo ser humano posee.

Para abandonar el estado de cosas presentes y dar el salto hacia la salvación se requiere la presencia de la fe soteriológica, la cual es otorgada por el Espíritu Santo. Este “salto de la fe” no corresponde a la fe natural sino a la fe salvífica. Para ser salvos de esta “perversa y secularizada generación” se necesita la fe proveniente del Espíritu Santo. Cuando el sujeto es insertado en la Iglesia de Jesucristo Dios le otorga dones para que contribuya eficaz y eficientemente en la edificación del cuerpo. Uno de esos dones es la fe como motor canalizador de la taumaturgia, esto es, la realización de milagros y prodigios. Es necesario tener un grado de fe mucho más elevado que la fe natural y la fe salvífica propiamente dicha para ver canalizado el poder de Dios en la comunidad de los santos, a través del individuo que ha recibido este don especial.

El cristiano debe conocer estas caracterizaciones de la fe para poder vivir acorde con ellas. Es imprescindible que las conozcamos para crecer en el conocimiento del Señor Jesucristo.

La vida espiritual es un estilo de vida que incorpora la fe como uno de sus elementos inalienables e infaltables. La fe no es una aventura irracional que despliega el cristiano. Por el contrario, es una acción movida por la convicción y por la razón. En efecto, El cristiano sabe que él no puede vivir las exigencias de la vida cristiana por sus propios medios e independiente del Espíritu Santo.



Sabe que no puede obedecer a Cristo sino permanece en comunión con su Redentor y Santificador, por tanto, procura vivir en continua comunión y dependencia con su Señor. Jesús mostró esta profunda verdad a sus discípulos cuando les requirió lo siguiente:

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, sino permanece en la vid, así tampoco vosotros, sino permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid, todo lo que queréis, y os será hecho. (Jn 15: 4-7)

La fe no llega al absurdo ni se desespera en los imposibles. En el cristianismo, la fe nos enseña a entender que Dios está en pleno control de las situaciones y de la historia, aunque las apariencias prediquen lo contrario. Es la certeza que Dios está obrando aún en medio de la muerte, de la tragedia y del caos, y en medio de esta pandemia llamada *Covid 19*. Por la fe el cristiano sabe que aunque sus fuerzas sean pocas, Dios está presente y tiene la potestad de alterar el curso de los acontecimientos si esa es su voluntad, y por la fe sabemos que la humanidad superará esta crisis, la cual es terrible y, gracias a Dios, pasajera.

El cristiano, cuando está siendo azotado por una tragedia personal, familiar o comunitaria, sabe que a pesar de las circunstancias, Dios está en control y que esta realidad nadie ni nada la alterará.

Por la fe, el cristiano encuentra fortaleza en medio de su debilidad, encuentra esperanza en medio del pesimismo y oscuridad: ve brillar una luz allá en lejanía y emprende el viaje para alcanzarla, aun cuando en el trayecto encuentre espinos y cardos.

De lo anterior se colige que la fe es la seguridad que tiene el cristiano de que Dios está en control de la historia, aunque nuestra experiencia personal esté pasando por momentos muy complejos, angustiantes y desesperantes.

Hay otro asunto más que debo tocar respecto a la fe. El cristiano, muchas veces entiende que debe observar las prescripciones morales para agrandar a Dios, por lo cual, hace ingentes esfuerzos por llevar una vida altamente moral, y por practicar las virtudes cristianas en sus propias fuerzas, pero inmediatamente



descubre que es incapaz de vivir, *per se*, las virtudes cristianas. Es, entonces, cuando descubre el fracaso en su intento por agradar a Dios por sus propios medios y contempla con asombro y horror su propia bancarrota moral. Su fracaso se debe, precisamente, a la falsa percepción que tiene tocante a que a Dios se le obedece por la fuerza de la voluntad y que la vida cristiana consiste en emprender el camino de regreso a Dios a través de las observancias morales.

Cuando el cristiano descubre su fracaso moral y espiritual, por fin está en capacidad de comprender que la vida cristiana reposa en Dios, por tanto debe depositar su vida y su confianza en Cristo para que él y sólo él lo capacite para vivir las exigencias del Reino de Dios. La fe, entonces, se manifiesta en el sentido que Dios rescata al cristiano de su bancarrota moral y que Cristo pagó en la cruz el precio por el pecado. Así, la vida cristiana se presenta como una vida de dependencia y de entrega a Dios.

La verdadera fe del cristiano que se desprende del campo semántico *'emunah/pistís*, supera las vicisitudes que le toca vivir. La fe nos permite ver grandes oportunidades en medio de los conflictos. Demos una breve mirada a tres perícopas neotestamentarias:

*Pablo enseña a los cristianos de Roma que “*la tribulación produce paciencia; y la paciencia prueba; y la prueba, esperanza*” (Rom 5:4). El sustantivo griego utilizado por Pablo, *thlipsis* (qli,yij), significa tribulación, aflicción y sufrimiento. Todo ser humano por el hecho de pertenecer a una raza que “*cayó de la gracia*” tiene incorporado en sí mismo el sufrimiento, el cual lo aflige. De acuerdo con el Apóstol Pablo, el sufrimiento es didáctico, correctivo, salvífico, y, por tanto, teleológico⁹. Así que el sufrimiento tiene un carácter necesario y teleológico en la vida de todo individuo. Es una especie de *conditio sine qua non* del progreso, superación y madurez del individuo.

De acuerdo con el texto citado, *thlipsis*, es decir, padecimiento, produce *hypomoné* (*upomonh*), esto es, perseverancia, constancia, persistencia, esperanza; esta *hypomoné* produce fortaleza, acrisolamiento y longanimidad en el sujeto. Longanimidad tiene que ver con la presencia de ánimo, fortaleza, perseverancia del espíritu frente a las adversidades; es la grandeza de espíritu frente a las vicisitudes que nos plantea la vida. La longanimidad manifiesta la clemencia, la generosidad y el carácter bondadoso del sujeto. A este resultado

⁹ Teleológico viene del sustantivo teleología que se refiere a propósito, a finalidad. Teleológico alude a aquello que tiene propósito.



Pablo lo denominó en Ro 5:4 dokimé (dokimh¹⁰) y todo este proceso fortalece la esperanza (*elpís, evlpi,j*).

La esperanza es la cualidad por la cual nos movemos hacia el futuro, por lo que nos impulsa y proyecta al porvenir. La esperanza es la condición que nos indica que siempre habrá un mañana, que siempre hay posibilidades, que las complejidades de la vida pueden ser más llevaderas en el futuro. La esperanza nos indica que hay una eternidad esperándonos.

La esperanza es poseedora de una vitalidad impresionante, ya que nos provee de potencia (*du,namij*) para superar los conflictos del presente.

La esperanza evita que el alma se marchite y que el sujeto caiga en profundas y prolongadísimas jornadas de depresión. Yo he llamado la esperanza como “*el alma del alma*”, porque si se le quita la esperanza a una persona, se le está matando el alma.

Por la esperanza soportamos las dificultades que nos depara nuestra habitabilidad en el cosmos. La esperanza nos impulsa a superar los problemas que se nos presentan en el cotidiano vivir, para poder alcanzar la meta que Dios ha trazado para cada uno de nosotros.

El pueblo de Dios se ha caracterizado por la esperanza que dinamiza su existencia, su ser y su misión. Aun cuando las circunstancias sean adversas hay una voz de esperanza, hay una voz de consuelo. Dios nos potencializa con su presencia y nos señala un camino de esperanza, la cual siempre nos muestra el camino que está delante de nosotros, nos impulsa hacia el futuro, nos guía hacia el Señor, nos dirige a la eternidad; y esto se debe a que el cristianismo es una vida transversada por la esperanza. En el pasaje leído vemos este carácter esperanzador.

Lo dicho hasta aquí debe llevarnos a considerar que la época del *Covid 19*, y éste entendido como causante de intensos sufrimientos, nos mueve a agigantar nuestra fe, a fortalecer nuestra *andreia* (*avndrei,a*), esto es, nuestra fortaleza, a promover la longanimidad (*makroqumi,a*) y esperanza (*evlpi,j*) del cristiano. La frase “*siempre habrá un mañana*” cobra importancia e inusitada vigencia para nosotros en esta época. Hay un mañana que nos espera hierática y majestuosamente, porque ese mañana está siendo jalonado por el Trino Dios.

10 acrisolamiento, purificación, valor probado, demostración.



*“*Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.*” Stg. 1:2,3.

*Pedro escribe a los cristianos de la diáspora, ubicados en Asia Menor, hoy conocida como la Península de la Turquía, lo siguiente: “*para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo*” (1 Ped 1:7)

Tanto Santiago como Pedro hacen ver la importancia de la prueba de la fe. Es necesario que nuestra fe, nuestra confianza en el Señor sea permanentemente probada para depurarla de las superficialidades y banalidades propias de la vida, las cuales las van convirtiendo, si el cristiano se descuida, en realidad gaseosa.

Las pruebas, *peirasmós*, (*peirasmój*¹¹) aquilatan y robustecen la fe. La ausencia de dificultades, conflictos, sufrimientos y pruebas, produce una vida insulsa, banal, superficial, sin profundidad y sin seriedad espiritual. Los sufrimientos son utilizados por Dios como instrumentos de depuración, afinamiento, fortaleza y profundización en la fe y en la relación con él. Así las cosas, esta época del Covid 19 debe aquilatar la fe, la esperanza, la longanimidad y la espiritualidad del creyente.

Este asunto, fue vislumbrado hace siglos por Godofredo Leibniz, pero él lo canalizó desde la teodicea, desde la realidad y percepción del mal. Él escribió en su libro *Teodicea*, lo siguiente: “el mal sirve muchas veces para gozar más del bien, y en ocasiones contribuye a que alcance mayor perfección el que lo padece, al modo que el grano que se siembra experimenta una especie de corrupción para germinar.”¹²

De acuerdo con lo visto hasta aquí, cada individuo ha sido forjado en un determinado contexto, caracterizado por terribles males sin los cuales, ninguna persona sería lo que es hoy, como lo expresó Leibniz “sabemos que un mal causa un bien que no habría tenido lugar sin este mal. Hasta sucede con frecuencia que dos males constituyen un gran bien.”¹³

11 prueba, tentación, incitación

12 Godofredo G. Leibnitz, *Teodicea*; ensayos sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal.

Primera parte: sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre, y el origen del mal, § 23.

13 Leibnitz, *Teodicea*, § 10.



Luego, ¿es terrible el mal? Claro que sí. ¿Es injusto el mal? Claro que sí. ¿Es teleológico el mal? Claro que sí. De manera soberana, Dios permite que el mal sea un factor contribuyente de la superación de un individuo, familia, comunidad y nación. A pesar de esta verdad, el mal tendrá que desaparecer en los tiempos escatológicos. Mientras tanto, nos tocará hacer los afrontamientos necesarios para dominarlo y superarlo.

Esperamos que la raza humana, haya iniciado un proceso de aprendizaje y de depuración de su conducta a partir de esta experiencia que el Señor le ha permitido vivir a través del *Covid 19*. Las lecciones que Dios nos está enseñando por medio de esta pandemia debe reorientar la vida de la raza humana, y más específicamente de los individuos y de los cristianos.

Deberíamos aprender a ser mejores personas, más solidarios, más humanos, más responsables, mejores administradores, tener más compasión y amor por el prójimo, a respetar y valorar las prescripciones divinas y, definitivamente, deberíamos abandonar nuestra soberbia, nuestra insolencia; deberíamos aprender a combinar eclécticamente espiritualidad, secularismo y humanismo. Deberíamos comprender que espiritualidad con visión humanista y secularista de la realidad, lejos de ser diametralmente opuestas son complementarias, y por tanto, conviven eclécticamente en un mismo plano de relación.

En medio de esta pandemia, nuestro buen Dios nos dice *“Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis.”* (Ez 18:32)

La pandemia que padece la humanidad, en los actuales momentos, nos exhorta a mantener nuestra fe en alto, sin ningún tipo de claudicación, sin desconfiar del Señor y sin magnificar o sobredimensionar la pandemia. No debemos perder de nuestra perspectiva cristiana que Dios es Señor.

Esta pandemia debe robustecernos, agigantarnos, e impulsarnos a ser mejores cristianos, a dirigir nuestra fe a lo verdaderamente esencial, a contemplar al otro como nuestra alteridad que merece amor, respeto, comprensión, solidaridad, que requiere de nuestro amoroso y desinteresado servicio. El cristiano debe reconocer que debe estar dispuesto a morir para que otros vivan, debe salir de su confort para buscar el bienestar de los menos favorecidos. Estos son algunos de los retos que esta pandemia le plantea al cristiano, y a la humanidad en términos generales.



Otro reto que plantea la fe en la época del *Covid 19* está relacionada con la comprensión adecuada de los signos de los tiempos. Es imprescindible que entendamos la situación que vive la raza humana en este tiempo y las responsabilidades que nos compete asumir. Este último reto relievra un aparte de la oración del anciano Moisés: *“Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría.”* (Sal 90:12) Este asunto será abordado en la siguiente sección.



NUESTRA OPORTUNIDAD DE PONER LAS COSAS EN SU PERSPECTIVA CORRECTA

BASE BÍBLICA

Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (2 Pe 1:5-11)

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. (Fil 4:8)

Los problemas, dificultades, vicisitudes y dolores que nos aquejan, además de ser un “mal” que azota al individuo, es un gran aliado que tiene el ser humano para salir de su “*statu quo*” (reduccionismo de la fórmula latina *in statu quo ante*), es decir, de las condiciones prevalentes en un determinado momento y circunstancia, las cuales provocan conformidad del pensamiento y de la conducta humana con las condiciones presentes.

Los “males” son grandes impulsores de la superación del presente con el fin de que el individuo se proyecte a “conquistar” (aunque suene a secularismo y a antropocentrismo) el porvenir, con la ayuda del Espíritu Santo. Los problemas y las dificultades nos mueven a buscar nuevos horizontes y a abandonar lo *abandonable* y a buscar lo *conquistable*. Por esta razón, en esta pandemia somos conminados por nuestro buen Dios a poner nuestra vida en su perspectiva correcta. De lo cual nos ocupamos en esta tercera parte de nuestra disertación. Procedamos en consecuencia.



A lo largo de la historia, el hombre ha asumido dos tendencias contradictorias: construye valores y, a la vez, construye antivalores (relación dialéctica entre construcción y deconstrucción). Así, el hombre ha ido estableciendo principios y valores, los cuales le ha permitido establecer una escala axiológica basada en las virtudes, las que ha clasificado en dos categorías: a) virtudes cardinales: templanza (swfrosu,nh), prudencia (fro,nhsij), fortaleza (avndrei,a) y justicia (dikaiosuh), y b) virtudes teologales: fe (pisti,j), esperanza (evlpi,j) y amor (avga,ph). Se denominan virtudes teologales “a los hábitos que Dios infunde en la inteligencia y en la voluntad del hombre para ordenar sus acciones a Dios mismo.”¹⁴

Debemos esclarecer los conceptos aquí evocados. Virtud (*areté*, avreth,) ha sido conceptualizada como excelencia moral, como la máxima meta que el hombre, en su peregrinaje terrestre, aspira alcanzar, y esto como mediación provista por Dios. Los griegos llamaron *areté* a “la perfección y plenitud de las potencias constitutivas de una naturaleza”¹⁵. “el mundo griego entendía la virtud como la excelencia o la plenitud que puede alcanzar una realidad, y de modo especial el hombre.”¹⁶

Josef Pieper escribió varios libros, entre los cuales se encuentra *Las Virtudes Fundamentales*. En dicha obra escribió el siguiente pensamiento:

Virtud más bien significa que el hombre es verdadero, tanto en el sentido natural como en el sobrenatural. Incluso, dentro de la misma conciencia universal cristiana, hay dos posibilidades peligrosas de confundir el concepto de virtud: primero, la moralista, que aísla la acción, la «realización», la «práctica» y las independiza frente a la existencia vital del hombre. Segundo, la supernaturalista, que desvaloriza el ámbito de la vida bien llevada, de lo vital y de la honradez y decencia natural. Virtud, en términos completamente generales, es la elevación del ser en la persona humana. La virtud es, como dice Santo Tomás, *ultimum potentiae*, lo máximo a que puede aspirar el hombre, o sea, la realización de las posibilidades humanas en el aspecto natural y sobrenatural. El hombre virtuoso es tal que realiza el bien obedeciendo a sus inclinaciones más íntimas.¹⁷

¹⁴ https://es.wikipedia.org/wiki/Virtudes_teologales

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ <https://es.wikipedia.org/wiki/Virtud>

¹⁷ Josef Pieper. *Las Virtudes Fundamentales*. 3ra ed. Madrid: Ediciones Rialp S.A., 2010. p 12.



Así, entonces, las virtudes son las cualidades morales y espirituales, entre otras cualidades espirituales, que el hombre, basado en la prescripción divina, ha puesto como la base moral de la sociedad. Estas virtudes direccionan las relaciones políticas, familiares, interpersonales y sociales. A la vez, estas virtudes constituyen la máxima aspiración del hombre por alcanzar los ideales divinos establecidos para el hombre.

Estas virtudes no son suficientes para restablecer las relaciones perdidas entre el hombre y su Creador, sin embargo, sí sensibilizan al individuo para “venir al encuentro de su Dios” (Am 4: 12). A nuestro Padre Dios le ha agradado el hecho que la sociedad humana considere estas virtudes como el trasfondo moral de las relaciones que sostiene con su alteridad (alteridad divina, alteridad humana y alteridad ecológica), ya que ellas constituyen ciertas aplicaciones de la prescripción divina *in foro interno*, y en las relaciones horizontales que sostiene la sociedad humana (*in foro externo*).

Pablo ubica la virtud como un eje alrededor del cual gravita la conducta del creyente, por esta razón escribió lo siguiente a los creyentes de Filipos: “*Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.*” (Fil 4:8)

Si nos atenemos a lo expresado por Pablo en este pasaje, podemos colegir que la virtud incluye elementos como: verdad, honorabilidad, dignidad, venerabilidad, rectitud, justicia, pureza, castidad, agradabilidad y todo lo que es digno de elogio, todo lo cual debe ocupar nuestro pensamiento.

De acuerdo con la Epístola a los Filipenses, la virtud es una cualidad envolvente e integradora, ya que integra el ser, la conducta, los pensamientos y los sentimientos en una perfecta integralidad. Así, entonces, la persona virtuosa piensa, siente, habla y vive correctamente.

Y a pesar de estas verdades revitalizadoras y dignificantes, la sociedad ha prescindido de ellas, al hacer una serie de deconstrucciones de las mismas, con lo cual, ha demostrado que su conducta es errática y contradictoria. Junto con esta construcción comenzó a deconstruir su espiritualidad y a diseñar a través de los siglos, lo que en el renacimiento y en la modernidad se denominaría secularismo.



John Gordon Davies, en su libro *Diálogo con el Mundo*, habla de la secularización como “traspaso de la responsabilidad de la autoridad eclesiástica a la autoridad mundana.”¹⁸ Ese traspaso genera lo que él ha denominado “desecclesiastización”. Ahora bien, esta “desecclesiastización” de la sociedad la está llevando a la “descristianización” de Occidente. Y como se puede inferir, esta descristianización lleva a la inversión de valores, pérdida de la fe y al abandono de las virtudes. Y de esta forma, se comenzó a privilegiar el abandono de la vida virtuosa hasta llegar a las actuales condiciones morales y espirituales de la sociedad.

Así, entonces, para cada virtud, el hombre diseñó su correspondiente anti-virtud: a la *templanza*, le antepuso la impudicia, la incontinencia y el desorden moral; la *prudencia* la transmutó en imprudencia y necedad, la *fortaleza* la cambió por cobardía, pusilanimidad y debilidad de carácter; la *justicia* la transformó en impiedad e injusticia, la *fe* la desplazó por la banalidad, dureza de corazón, oscuridad de la mente e increencia; la *esperanza* fue desplazada por desorientación, desconcierto, incertidumbre, miedo y temor; y el *amor* fue desfigurado de tal manera que fue confundido con egolatría, indiferencia, tiranía, manipulación, absorción y aniquilación del otro.

Y al hacer lo anterior, inició la carrera vertiginosa hacia la inversión de los valores, secularización de las instituciones y de la sociedad; y, de esa manera, Dios comienza a ser desplazado por la razón y sentimientos humanos.

La antigua consigna de Catón (senador romano) comienza a tener resonancia en la sociedad contemporánea; él arengaba al Senado de la siguiente manera: “*Carthago delenda est*” (*destruida sea Cartago*). Su arenga era tan persistente que en los pasillos y en el recinto del Senado se le escuchaba tronar en el latín de su día *ceterum censeo Carthaginem esse* (*además opino que Cartago debe ser destruida*), con estas consignas Catón expresaba su no disimulado odio a los cartagineses.

Desde la modernidad, el individuo ha enarbolado las abandonadas banderas de Catón para revitalizarlas y darles actualidad, con lo cual expresa su no disimulado odio a Dios: *Deus delenda est*, esto es, *Dios debe ser destruido*, y uno de sus gestores contemporáneos fue Nietzsche, quien en su obra *Así habló Zaratustra*, proclamó la muerte de Dios: *Dios ha muerto*. Una vez “muerto” Dios, el hombre no tendría ningún obstáculo para dar rienda suelta a su órexis (o;re-xij), es decir, a sus instintos; a su *epithumía* (evpiquimi,a), o sea a sus pasiones, y a su hedoné (hdonh,), pasiones y placeres sensuales.

18 John Gordon Davies, *Diálogo con el mundo*. (Buenos Aires, Argentina: Editorial La Aurora, 1967), p 55.



Puesto que el único que le pone frenos morales al hombre es Dios, aquél tenía que buscar la forma de alejar a su Hacedor, debido a que constituía un gran obstáculo para el desenfreno moral del hombre. Así que era necesario “matar” a Dios para librarse de ese implacable, incómodo y perturbador ser divino. Hecho lo anterior, el hombre tendría las manos libres y tendría plena libertad para hacer de la sociedad lo que bien le pareciere, y para erigirse a sí mismo en el sucedáneo de Dios en el mundo contemporáneo, sin tener a quién rendirle cuentas más que a él mismo. Y así nace el ateísmo teórico, el ateísmo pragmático, el ateísmo ético y el ateísmo probabilista, los cuales constituyen la pretendida neutralización divina. Pero ¿quién neutraliza al omnipotente, omnisciente, omnipresente y soberano Dios? ¿Quién lo saca del panorama histórico? Sin embargo, el hombre en su insolencia y arrogancia creyó haberlo logrado (cf. Rom 1:18-32).

Consecuentemente, la sociedad ha caído en aquello que Dios repudia (cf. Is 5:8-30): acumulación de riquezas a despecho de la pobreza de la inmensa mayoría, práctica del alcoholismo, entronización de la iniquidad, transmutación de los valores, falsificación de la verdad y exaltación de la transgresión; soberbia e insolencia, despojo de tierra y explotación del hombre por el hombre, e irrespeto del otro; aberraciones de todo tipo, incluyendo la sexual; destrucción del ecosistema; y en su vertiginoso descenso moral, se ha degradado a sí mismo, y la lista continúa.

La denuncia que Miqueas hizo a los poderosos de Judá es perfectamente aplicable al hombre contemporáneo, toda vez que su conducta no sólo sigue siendo la misma, sino que ha exagerado su perversidad y depravación. He aquí la denuncia de Miqueas: *“Vosotros que aborrecéis lo bueno y amáis lo malo, que les quitáis su piel y su carne de sobre los huesos; que coméis asimismo la carne de mi pueblo, y les desolláis su piel de sobre ellos, y les quebrantáis los huesos y los rompéis como para el caldero, y como carnes en olla.”* (Miq 3:2,3)

Este desenfreno global, esta autodestrucción, esta aberrante rebelión contra Dios, esta devastación del ecosistema debe ser frenado, y es aquí donde se destaca la importancia de esta época del *Covid 19*: constituye un freno a esta carrera loca hacia la autodestrucción humana. Es indubitable que esta época constituye un fuerte llamado de atención de Dios a la raza humana para que cambie el rumbo de su vida, además de ser un preaviso de Dios a la humanidad de los males que le advendrán en el futuro sino abandona su impiedad y acude a su Hacedor y Redentor.



Dios está llamando a las naciones, gobiernos, sociedad, familias e individuos a poner en su perspectiva correcta lo verdaderamente fundamental y eterno: la espiritualidad proveniente de Dios, la cual incluye arrepentimiento y conversión del sujeto, regreso al amor, devoción, adoración y servicio a Dios; reactivación de las virtudes en el individuo, respeto por la sacralidad de la vida, redescubrimiento del sentido de la vida, cuidado de sí mismo, del otro y de lo otro; fortalecimiento de las relaciones familiares, reconocimiento de la inviolabilidad del otro, búsqueda del bien común, protección, cuidado y redención social de los más necesitados, y administración adecuada y respetuosa de los recursos naturales tanto renovables como no renovables, esto es, cuidado del ecosistema y responsabilidad ecológica (la famosa *epiméleia* griega).

La drástica intervención de Dios en esta parte de la historia contemporánea tiene los anteriores propósitos para la sociedad, los gobiernos, las familias y los individuos. Para la iglesia de Jesucristo tiene las implicaciones indicadas en el texto base de esta disertación.

Es innegable e inocultable que cierta ociosidad se ha filtrado en la iglesia de Jesucristo, ociosidad esta que está acompañada de cierta banalidad. Podemos observar, con preocupación, que la agenda de muchísimas iglesias locales está saturada de diversos programas, todos nobles y loables; que los ministros invertimos gran parte de nuestro tiempo, salud, energía y capacidades en reuniones, en dirigir programas, en comprar cosas para la iglesia y el ministerio, en organizaciones todas ellas importantes, por cierto; pero irrelevantes para el Reino de Dios; en atender asuntos de la oficina, etc. Hemos estado tan ocupados y entretenidos “en la obra de Dios” que no hemos tenido tiempo suficiente para el mismo Dios y para fortalecer nuestra relación con él, para obtener sus consejos y para recibir su bendición (cf. Jer 23:18,22).

Y en este trajinar diario cobra importancia la exhortación petrina: “*Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.*” (2 Pe 1:5,6). Pedro plantea un construccionismo ascendente, cuya finalidad es presentada por el mismo apóstol. Fe, virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto natural y amor, ubicados en el espíritu y vida del creyente, evitarán que el cristiano lleve una vida ociosa; además, producirán frutos tanto tangibles como intangibles, tanto cuantificables como cualificables, contribuyen a nuestra madurez y a establecer una relación profunda con Dios



basada en el conocimiento que adquirimos a través de la comunión con su Espíritu y del estudio concienzudo de las Escrituras, y nos mantendrán firmes en nuestra vocación cristiana. Pero la ausencia de las mismas produce ceguera, olvido, impiedad, superficialidad de la fe y apostasía.

Esta acción divina nos llama la atención a los cristianos a poner en su perspectiva correcta la espiritualidad y nuestra vocación. La iglesia de Jesucristo debe regresar a lo fundamental y despojarse de lo superfluo y banal. La predicación sensista, sensacionalista, superficial e intrascendental debe ceder su lugar a la exposición profunda de las Escrituras y debe retornar al mensaje de la Cruz, ya que en muchos púlpitos la *pleonexía* (pleonexi,a*) es el tema preferido.

Los barones de la “teología de la prosperidad” deben abandonar su apóstata predicación para volver al mensaje sencillo de la Cruz, los vendedores de ilusiones, deben presentar el evangelio inmaculado de Cristo, los pseudo-profetas que profetizan lo que los oyentes quieren y anhelan oír, deben sujetarse a la Palabra y al Espíritu Santo para proclamar la Palabra de Dios (cf. Jer 23), los impulsores del evangelio social, deben incorporar, en su proclamación social, el mensaje de la Cruz, los activistas religiosos deben ser verdaderos diáconos de Dios, además, de buscar con frecuencia el rostro de Dios; los religiosos deben transmutar su religiosidad en espiritualidad, los que profanan el santuario con su conducta impía, deben apartarse de su maldad, santificar su vida y devolverle al santuario la dignidad que le han quitado.

Los cristianos que son orgullosos ministerial e intelectualmente deben reconocer que las habilidades y capacidades que tienen no proceden de ellos sino del Señor de la vida; fue Dios quien les otorgó esos dones con el fin de capacitarlos adecuadamente para la promoción del Reino de Dios (cf. Ef 4:11-16), por tanto, el orgullo y vanidad no tienen ni deben tener lugar en la vida cristiana. El cristiano debe andar en humildad delante de Dios y delante de los hombres (cf. Stg 4:6; Prov 3:34).

Los cristianos procrastinadores, indiferentes, perezosos y negligentes son conminados por el Apóstol Pedro a poner toda diligencia (spoudh¹⁹) tanto en su vida como en el desempeño ministerial. Asimismo, los rencorosos, murmuradores, codiciosos, envidiosos, fornicarios, adúlteros, borrachos, inmundos, etc., deben deponer su impía conducta y volver al Dios que un día los salvó y los lavó de sus pecados.

¹⁹ prisa, diligencia, insistencia, empeño, premura



Algunos textos del AT señalan el ideal de vida que debe evidenciar el pueblo de Dios, las virtudes y las conductas que Yahweh ha determinado que tengan los hombres y mujeres que se acercan a él. Uno de esos ideales morales y espirituales se encuentra en el libro de los Salmos:

Jehová ¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino. Aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado, pero honra a los que temen a Jehová. El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia; quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente admitió cohecho, el que hace estas cosas, no resbalará jamás. (Sal 15:1-5)

Este desafiante mizmor²⁰ registra la integridad del justo, del hombre virtuoso en todas las áreas de su vida. Este estilo de vida es el que Dios anhela que re-direccionemos, a partir de la experiencia del Covid 19. Esta dolorosa experiencia debe llevarnos a establecer en la vida de los santos el ideal que se esconde en este impactante salmo.

El profeta Miqueas de Moreset declara a los poderosos, influyentes y religiosos del pueblo de Judá: “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia y humillarte ante tu Dios.” (Miq 6:8)

Miqueas considera que el *mah tov* (bAJ-hm;), el supremo bien (el *summum bonum*) del hombre, ha sido trazado por Dios y consiste en practicar tres virtudes: justicia (jPv.mi, *mishpat*), misericordia (ds,x,, *jesed*) y humildad (Inc). Estas tres virtudes constituyen el sumo bien en el libro de Miqueas. En cambio, en Oseas (Os 4:1) esa trilogía se articula de otra forma: verdad (tm,a/, *emeth*), misericordia (ds,x,, *jesed*) y conocimiento de Dios (~yhil{a/ t;D, *da'ath elohim*) Estos elementos constituyen la base de la espiritualidad del pueblo de Israel, y, consecuentemente, constituyen áreas de aplicación de la santidad que trajo el Mesías a su amado pueblo.

En los dos textos expuestos (salmo 15 y Miq 6:8) Dios indica a los hombres y más específicamente a los cristianos cuál es la conducta que él espera que adoptemos.

20 poema, cántico



Este es el tipo de re-direccionamiento que Dios anhela que la raza humana le dé a su vida. Dios nos está dando la oportunidad de poner en orden nuestra casa, nuestra vida, nuestra conducta, nuestro planeta. Ahora bien, si la humanidad en esta circunstancia se comporta de la forma como Amós expresa en el Capítulo 4 “*no os volvisteis a mí*” (vs 6,8,9,10,11) y como lo expresa Apoc 9:20, es decir, en lugar de arrepentirse continúa con su abyecta conducta, y con su pertinaz rebelión contra Dios, entonces el próximo paso que Dios dará será extremadamente doloroso para la raza humana, y así la humanidad, con el advenimiento del año 2020, habría iniciado una nueva era, *la Era del Neo-catastrofismo*²¹, la cual marcaría un rumbo diferente a nuestra historia, por lo que ésta nunca más volvería a ser la misma (cf. Apoc 6-10). Esto lo abordaremos en el próximo capítulo.

Dios quiera que los seres humanos seamos lo suficientemente sensatos para apartarnos de nuestro mal camino y apartemos, de esta manera, la ira de nuestro Dios.

21 Tengo dos razones para llamar *Neocatastrofismo* a esta posible nueva era a la que entraría la humanidad: a) porque hay una teoría cosmológica que afirma que la tierra se formó a partir de pequeños movimientos violentos repetitivos, pequeñas catástrofes que se suceden unas tras otras; a esta teoría la llaman *catastrofismo*. b) Probablemente, ésta sería la última era que viviría la humanidad en el planeta tierra (heb. *érets*) antes de llegar el fin del mundo tal como lo conocemos. Como quiera que supuestamente la tierra comenzó a partir del *catastrofismo*, teoría cuestionable por el creacionismo, y la Biblia enseña que antes de la recreación cósmica, la humanidad vivirá terribles acontecimientos, luego llegará el juicio soberano de Dios a las naciones, en el cual Cristo juzgará a los vivos y a los muertos; apenas es lógico que a esa última era la denomine Neo-catastrofismo. Así, entonces, el *Cóvid 19* marcaría el inicio de esa posible Era del *Neocatastrofismo*.



EPÍLOGO: EL DÍA DE LA INDIGNACIÓN DE YAHWEH

BASE BÍBLICA Isaías 13:9-11; 4; 26: 20,21; Jer 25: 31-38; Ez 7:1-27; Sof 1:14-18

La Teología Sistemática ha elaborado una especie de *etopeya divina*, según la cual, Dios es poseedor de atributos, tales como bondad, justicia, amor, omnisciencia, omnipresencia, omnipotencia, santidad, pureza, infinitud, inmensidad, inmutabilidad; espíritu perfectísimo, y la lista se extiende hasta lo incomprendible. Hay quienes hablan de la impasibilidad de Dios, y otros consideran que puesto que Dios es un ser relacional y santo, las acciones humanas provocan reacciones en Dios, ya sean favorables o desfavorables para los individuos en particular, y para la raza como totalidad humana creada, depende de si ofenden o no la santidad divina.

Pero el hecho es que los atributos de Dios son innumerables, cual su inmensidad e infinitud. Puesto que Dios es santo y relacional, él ha establecido unos parámetros para que la raza humana se mueva en ese marco. Honrar, y por tanto, obedecer esos parámetros, trae grandes beneficios a los individuos, familias y grupos que lo honran; quebrantarlos implica estar expuestos a las acciones punitivas del Gran Legislador y Rey de la tierra.

Puesto que la voluntad de Dios es la santificación de todos y cada uno de los habitantes del planeta tierra (cf. 1 Tes 4:3), él hace ingentes esfuerzos por lograr este propósito. Entre esos esfuerzos se pueden identificar acciones correctivas, didácticas, punitivas y salvíficas. Las acciones punitivas forman parte del “paquete” de operaciones divinas para lograr sus fines colectivos. Por eso debemos reconocer que lo que llamamos tragedias, en ocasiones son acciones fuertes que emprende Dios para ubicar al hombre en el camino que lo lleva nuevamente “a casa”, a la casa del Padre, al “seno de Abraham”. Estas acciones divinas se desprenden, como consecuencia lógica, de los *decretos de Dios*, que él como Rey emite y promulga desde su “*despacho real*”, desde su santo solio. Y es en este sentido que se presenta este Epílogo titulado *el día de la indignación de Yahweh*.



Respecto a la respuesta que la raza humana ha dado a los parámetros trazados por Dios, la Escritura registra la tendencia que los hombres han manifestado a lo largo de la historia bíblica. Tal tendencia, se ve reflejada en cuatro textos:

**“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.”* (Gen 6:5) Las intenciones del corazón humano están orientadas hacia el mal, según esta evaluación divina.

**“¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer el mal?”* (Jer 13:23). Cuando el hombre hace el mal de manera consuetudinaria, se inhabilita moralmente para hacer el bien, según la observación del profeta Jeremías.

*Cuando la maldad se apodera del ser humano, ni aún el castigo lo libera de su abyecto comportamiento (Am 4:6,8,9,10,11). Por tanto, sólo la gracia de Dios puede cambiar tal abyección comportamental.

**“Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.”* (Apoc 9:20,21)

Esta tendencia se relaciona con la actitud que el ser humano adopta cuando se ha dejado permear y vencer de la maldad, es decir, cuando permite que la corrupción se apodere de su ser: no hay posibilidad de cambio alguno, porque se ha inhabilitado moral y espiritualmente. Sólo la intervención salvadora y santificadora de la gracia divina podría redimirlo de su abyecta condición.

La *esclerosis* (dureza) del corazón, la *escotía* (oscuridad) de su mente y la *asebeia* (impiedad) de la conducta humana desencadenan la ira de Dios. Y esto es, justamente, lo que veremos en este epílogo.

Debo advertir, nuevamente, que Dios no quiere la muerte del que muere (Ez 18:32; 33:11), por tanto, no es su voluntad que el ser humano perezca sino que todos procedan al arrepentimiento (cf. 2 Ped 3:9). Por esta razón, Dios utiliza métodos persuasivos severos. Cuando las sucesivas advertencias de Dios a la raza humana, no surten los efectos esperados (cf. el *efecto equívoco* presentado en Is 5:1-4), entonces Dios procede a anunciar un castigo severo y devastador.



Permítaseme retrotraer a Amós capítulo cuatro, como punto de partida de este epílogo.

El profeta Amós, de Tecoa, ejerce su ministerio profético en la primera mitad del siglo VIII en el reino de Israel, bajo el reinado de Jeroboam II. Para ese tiempo el reino septentrional gozaba de prosperidad económica y de extensión territorial, no obstante, dicho esplendor socio-económico no se veía reflejado en los marginados de Israel, quienes vivían sumergidos en su pobreza, desesperanzas y sufrimientos. Grandes sectores poblacionales vivían en el pauperismo, rumiando su propia tragedia, bajo la mirada impasible y connivente de la clase nobiliaria. Entre las denuncias que Amós hace de la depredación de la clase nobiliaria se encuentra la siguiente:

“Oh vosotros que dilatáis el día malo, y acercáis la silla de iniquidad. Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David; beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José.” (Am 6:3-6)

Además de la depredación humana (cf. lo que sucedía en Judá, según Is 3:15), los poderosos de Israel cometían otro pecado muy ofensivo y deleznable en la presencia de Dios, la insolidaridad, indiferencia, y el abandono del otro a su soledad, desamparo y orfandad.

En medio de este panorama, Yahweh Dios derrama su juicio sobre esa nación pecadora, pero lo hace pedagógicamente, escalonado y progresivo. Dios actúa duramente en Israel con los siguientes propósitos: correctivos, didácticos, punitivos y salvíficos. Con esta serie de acciones Dios quería llevar a Israel al arrepentimiento, pero la nación había llegado a un nivel de dureza e insensibilidad tales, que aparentemente estaba incapacitada moralmente para arrepentirse. Dichas acciones emprendidas por Dios contra Israel fueron: hambre producto de varios factores concomitantes (Am 4:6-8), plagas (4:9), guerra (4:10), confusión y desesperación (4:11). A través de estas acciones escalonadas y progresivas Dios quiso llevarlos al límite de su resistencia para provocar arrepentimiento y reconversión, pero la nación no se arrepintió; por tanto, Yahweh se preparaba para un castigo ejemplar y definitivo, para el cual utilizó al imperio asirio como instrumento de destrucción, ruina y muerte. En el año 722 a. C. cayó el último bastión israelita (Samaria) en manos de Asiria.



Los profetas proclamaron el *Yom Yahweh* (día de Jehová) de diversas maneras, como el día en que Yahweh castigaría a su pueblo por los pecados cometidos; ese *Yom Yahweh* también se aplicaría al día en que Yahweh castigaría la impiedad de las naciones. Ese *Yom Yahweh* aludiría al día del Mesías, igualmente se refería al día final en que todas las familias de la tierra comparecerían ante el Tribunal Supremo de la Majestad Divina para ser juzgadas por sus actos.

Tanto el AT como el NT anuncian, hasta la saciedad, el juicio que le sobrevendrá a la raza humana. Por ejemplo, ese juicio es anunciado por Ezequiel de la siguiente manera: *“Lamentad: ¡Ay de aquel día! Porque cerca está el día, cerca está el día de Jehová; día de nublado, día de castigo de las naciones será.”* (Ez 30:2,3) Debo aclarar que Ezequiel se está refiriendo al castigo que Dios infligirá a las naciones ubicadas al norte y noreste del Continente africano (Egipto, Etiopía, Fut, Tebas, Menfis, etc.). Ezequiel dedica los capítulos 21 al 35 para proferir una serie de vaticinios punitivos contra los pueblos antiguos.

Amós, plantea la tenebrosidad de ese día de la siguiente manera: *“¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué querréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz; como el que huye de delante del león, y se encuentra con el oso; o como si entrare en casa y apoyare su mano en la pared, y le muerde una culebra. ¿No será el día de Jehová tinieblas y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?”* (Am 5:18-20)

Joel lo proclama de la siguiente manera: *“¡Ay del día! Porque cercano está el día de Jehová, y vendrá como destrucción por el Todopoderoso [el Shaddai]. Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra; ... ”* (Jl 1:15; 2:2).

Ese *Yom Yahweh*, toma diversas configuraciones y particularizaciones, dependiendo del profeta y de la época en que haya vivido. Haremos un breve repaso de esas disertaciones proféticas:

1. Sofonías 1: 14-18. Sofonías plantea el día de Yahweh que advendrá sobre el planeta tierra con las siguientes palabras:

Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres. Y atribularé a los hombres, y andarán como



ciegos, porque pecaron contra Jehová; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová, pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente destrucción apresurada hará de todos los habitantes de la tierra. (Sof 1:14-18)

2. Isaías 13:9-11; 24; 26:20,21. Por su parte, Isaías, se enfrentó proféticamente a la impiedad caracterizadora tanto del pueblo de Dios (Israel y Judá) como de las naciones del Cercano Oriente: Palestina, Egipto Fenicia, Siria, Asiria, Babilonia, Persia e inclusive Grecia. Tal enfrentamiento estuvo caracterizado por la proclamación profética del *Yom Yahweh*, del juicio de Dios no sólo a las naciones ya mencionadas, sino a todas las naciones del orbe terráqueo. En una de esas proclamaciones le pregunta al pueblo de Judá “¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os revelaréis?” (Is 1:5a) Y como quiera que Judá y las naciones pecaron, Dios anuncia un paquete de castigos que advendrán a dichas naciones. Uno de esos juicios que proclama Isaías, tiene alcance global, es decir, alude al juicio que Dios hará a todas las naciones de la tierra. Y justamente el capítulo 24 de Isaías tiene ese carácter global, y por tanto, totalizante.

En el capítulo 24, Isaías presenta una triada a través de la cual expresa la ira que Dios desatará sobre el planeta tierra (no sobre la *'adamah*, sino sobre el orbe terráqueo, *érets*), esa triada está conformada por un paralelismo sinónimo: vaciamiento, desnudez y trastorno de nuestro planeta. Prestemos atención a esa acción tripartita que Yahweh emprenderá contra nuestro planeta:

“He aquí que Jehová vacía la tierra y la desnuda, y trastorna su faz, y hace esparcir a sus moradores... La tierra será enteramente vaciada, y completamente saqueada; porque Jehová ha pronunciado esta palabra.” (Is 24:1,3) Esta declaración *proléptica* del profeta Isaías, está en consonancia con otra imagen a través de la cual él muestra la majestad, inmensidad y el señorío que Yahweh ejerce sobre la tierra:

¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados? ¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia? He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo.” Is 40:12-15



Yahweh sostiene la tierra con “tres dedos” y las aguas de los océanos están en la cuenca de “su mano”. Metafóricamente hablando, Isaías presenta la palma de la mano de Yahweh como medidor de la masa de agua existente en el planeta tierra, y como instrumento para medir la extensión de los cielos (שַׁמַיִם). Esto quiere decir que el solo palmo de la mano²² de Yahweh es mucho más grande que la totalidad del cosmos. Por otra parte, la inmensidad de Dios hace patente la pequeñez del universo.

Este mismo Dios que sostiene el cosmos en la palma de su mano, es quien procederá a vaciar, desnudar y trastornar el planeta tierra. El juicio de Yahweh iniciará con una acción que emprenderá contra el planeta tierra al que maldijo por causa del hombre (Gen 3:17) y sometió a vanidad (mataio,thj²³) por causa del mismo hombre (Ro 8:20). Apocalipsis habla de los juicios que Dios emprenderá contra el planeta tierra: terremotos, pestes, plagas, lluvias de meteoritos, etc. Isaías dice que Dios actuará en contra de este hermoso planeta. Los vocablos hebreos que utiliza muestran el nivel de destrucción que habrá: *boqeq* (qqewOB), con este vocablo Isaías dice que la tierra será saquedada y trastornada, por tanto habrá ruina en diferentes órdenes; *buqah* (hqwB) alude al acto de vaciar y desnudar; *‘ivah* (hWv) este vocablo está referido a trastorno, destrucción y a perversión.

Imaginemos que nuestro planeta es una taza que está llena de líquido y que Yahweh decide vaciar su contenido, tal vez para volverla a llenar. Esto supondría que la tierra sería desocupada para volver a ser habitada (¿volvería a la condición descrita por Moisés a través de los vocablos *tóhu*, *wabóju*?). Esta metáfora, *per se*, es catastrófica, si se la relaciona con las imágenes que aparecen en el libro de Apocalipsis y con Ezequiel capítulo siete. El lector de la Biblia no puede ignorar, soslayar ni evitar enfrentarse exegética y teológicamente a todo el catastrofismo de las Escrituras, porque por donde se le mire, se encuentra con el juicio de Dios sobre las naciones por causa del pecado.

Isaías afirma que la tierra será destruida y caerá en profunda enfermedad, las naciones caerán (Is 24:4), la tierra y sus habitantes serán contaminados, la tierra y sus habitantes recibirán la maldición de Dios, los pueblos serán asolados y consumidos, y la población será diezmada; decaerá la producción agrícola, por lo que los habitantes de la tierra se llenarán de estupor y gemirán su desgracia; las ciudades serán quebrantadas, desoladas y arruinadas, las viviendas

²² heb. tr<z<<, que equivale a 21 cms.

²³ vanidad, frustración



se cerrarán para evitar que sus habitantes sean visitados (Is 24:10), delante de los habitantes de la tierra se abrirán foso, terror y red (24:17); en ese día no habrá escape posible, no será posible escapar a la tragedia (24:18); habrá diversos tipos de temblor en el planeta (24:19,20), y los poderosos de la tierra serán severamente castigados (24:21,22).

Isaías identifica la causa de esta gran tragedia global: los habitantes del planeta tierra hemos quebrantado los preceptos divinos (24:5), los hombres se envanecieron, destruyendo, así el fundamento espiritual trazado por Dios (24:10), y hemos cometido prevaricato (24:16). La rebelión del hombre ha causado un gran mal tanto a la raza como al ecosistema. La ira de Dios advendrá no sólo a la raza humana, sino al ecosistema que lo soporta en su regazo, pues, en el libro de Apocalipsis (cf. Apoc 6-9;16) se habla también del juicio de Dios sobre todo ser vivo de nuestro planeta (esto abarca a la vida vegetal, animal y humana).

En una profecía dirigida a los babilonios, Isaías inserta un oráculo en el que anuncia y describe el juicio de Yahweh a las naciones:

He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes. (Is 13:9-11)

3. Jeremías 25:30-38. Jeremías presenta el siguiente cuadro respecto al juicio de Dios:

Tú, pues, profetizarás contra ellos todas estas palabras y les dirás: Jehová rugirá desde lo alto, y desde su morada santa dará su voz; rugirá fuertemente contra su morada; canción de lagareros cantará contra todos los moradores de la tierra. Llegará el estruendo hasta el fin de la tierra, porque Jehová tiene juicio contra las naciones; él es el Juez de toda carne; entregará los impíos a espada, dice Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos: He aquí que el mal irá de nación en nación, y grande tempestad se levantará de los fines de la tierra. Y yacerán los muertos de Jehová en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro; no se endecharán ni se recogerán ni serán enterrados; como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra. Aullad, pastores, y clamad; revolcaos en el polvo, mayores del rebaño; porque



cumplidos son vuestros días para que seáis degollados y esparcidos, y caeréis como vaso precioso. Y se acabará la huida de los pastores, y el escape de los mayores del rebaño. ¡Voz de la gritería de los pastores, y aullido de los mayores del rebaño! porque Jehová asoló sus pastos. Y los pastos delicados serán destruidos por el ardor de la ira de Jehová. Dejó cual leoncillo su guarida; pues asolada fue la tierra de ellos por la ira del opresor, y por el furor de su saña. (Jer 25:30-38)

4. Ezequiel 7:3-15. Por su parte, Ezequiel habla de un juicio que se está preparando para el planeta tierra. Su profecía comienza así: “Tú, hijo de hombre, así ha dicho Jehová el Señor a la tierra de Israel: El fin, el fin viene sobre los cuatro extremos de la tierra.” (Ez 7:2) Y si bien este mensaje está dirigido a Judá, el juicio anunciado tiene alcance terráqueo. Prestemos atención al pregón de Ezequiel:

Ahora será el fin sobre ti, y enviaré sobre ti mi furor, y te juzgaré según tus caminos; y pondré sobre ti todas tus abominaciones. Y mi ojo no te perdonará, ni tendré misericordia; antes pondré sobre ti tus caminos, y en medio de ti estarán tus abominaciones; y sabréis que yo soy Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor: Un mal, he aquí que viene un mal. Viene el fin, el fin viene: se ha despertado contra ti; he aquí que viene. La mañana viene para ti, oh morador de la tierra; el tiempo viene, cercano está el día; día de tumulto, y no de alegría, sobre los montes. Ahora pronto derramaré mi ira sobre ti, y cumpliré en ti mi furor, y te juzgaré según tus caminos; y pondré sobre ti tus abominaciones. Y mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia; según tus caminos pondré sobre ti, y en medio de ti estarán tus abominaciones; y sabréis que yo Jehová soy el que castiga. He aquí el día, he aquí que viene; ha salido la mañana; ha florecido la vara, ha reverdecido la soberbia. La violencia se ha levantado en vara de maldad; ninguno quedará de ellos, ni de su multitud, ni uno de los suyos, ni habrá entre ellos quien se lamente. El tiempo ha venido, se acercó el día; el que compra, no se alegre, y el que vende, no llore, porque la ira está sobre toda la multitud. Porque el que vende no volverá a lo vendido, aunque queden vivos; porque la visión sobre toda la multitud no se revocará, y a causa de su iniquidad ninguno podrá amparar su vida. Tocarán trompeta, y prepararán todas las cosas, y no habrá quien vaya a la batalla; porque mi ira está sobre toda la multitud. De fuera espada, de dentro pestilencia y hambre; el que esté en el campo morirá a espada, y al que esté en la ciudad lo consumirá el hambre y la pestilencia. (Ez 7:3-15)

Si tendemos un puente comparativo entre el contexto de Israel y el contexto socio-cultural contemporáneo encontramos inquietantes similitudes, con pocas



diferencias: muertes selectivas e indiscriminadas a la vez, idolatría, impiedad, avaricia, explotación, despojo de tierra, enriquecimiento ilícito, desenfreno moral, indiferencia social, soledad, desamparo y orfandad de las clases menos favorecidas; abuso del poder, prevaricato, cohecho, y la lista sigue; por lo cual podemos colegir que los vicios y pecados de la humanidad siempre han sido los mismos, sólo que ahora ha aumentado su intensidad y sofisticación.

Como ayer, Dios tiene el mismo grado de legitimidad para llamar al orden a las naciones, pues él es rey y señor, y, además, la humanidad sigue su camino desenfrenado hacia su autodestrucción. Así las cosas, no le estamos dejando a Dios otra salida que derramar sus “copas de ira” sobre las naciones impías, pero a la vez le promete protección a su pueblo (cf Is 26: 20,21; Apoc 3:10). Un ejemplo del cuidado que Dios ejerce sobre sus santos y de la protección que les prodiga se ve ilustrado en la orden que un príncipe de los ángeles da al ángel que tiene la misión de hacer daño a la tierra y al mar: *“No hagas daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.”* (Apoc 7:3)

Por tanto, no es novedoso el juicio que Dios prepara para nuestro planeta en la actualidad y que se encuentra tipificado y pre-anunciado en los textos ya examinados.

En Cada época, Dios exhorta a las diversas generaciones a corregir su vida, a apartarse del mal, a obedecer a Dios, y así apartar la posibilidad del castigo que está anunciado a la raza humana.

Cuando la voluntad real de Dios es contrariada por la raza humana, cuando su legislación es quebrantada y sus sentencias como juez son desacatadas, entonces, él procede a ejecutar la sentencia correspondiente a tales delitos; pero antes de aplicar la sentencia, le da la oportunidad al infractor de arrepentirse y de reconvertirse. Si tal conducta no es modificada, entonces, procede a aplicar el justo castigo.

En la sociedad contemporánea, Dios ha utilizado el mismo procedimiento descrito en Amós 4, para llamarnos al arrepentimiento. Y si no aprovechamos esta oportunidad que Dios nos está ofreciendo (presencia del Covid 19) para arrepentirnos y cambiar así el rumbo de nuestra vida y el curso equivocado de la historia, entonces escucharemos estas terribles palabras:

“Por tanto, de esta manera te haré a ti, oh Israel, y porque te he de hacer esto, préparate para venir al encuentro de tu Dios, oh Israel. Porque he aquí, el que forma



los montes, y crea el viento, y anuncia al hombre su pensamiento: el que hace de las tinieblas mañana, y pasa sobre las alturas de la tierra; Jehová Dios de los ejércitos es su nombre.” (Am 4:12,13).

Esta es la lapidaria sentencia que pende sobre la cabeza de las naciones si no nos arrepentimos. Esto nos retrotrae las palabras de Cristo:

¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. (Lc 13:2-6)

De acuerdo con la narrativa bíblica, Dios no castiga a ninguna nación sin antes haberle dado la oportunidad de arrepentirse de sus pecados. Así las cosas, esta pandemia es una especie de llamado de atención para que la sociedad contemporánea corrija el rumbo de su vida, se aparte del mal y así, pueda evitar el juicio inminente que viene a las naciones de nuestro planeta por causa de nuestra impiedad, rebelión, injusticia y maldades. Debemos recordar que la Biblia enfatiza el juicio que Dios ejecutará sobre todos los moradores de la tierra, y nosotros no escaparemos de tal juicio si no nos arrepentimos y cambiamos nuestro estilo de vida.

Aun así, el castigo nunca es la finalidad de las finalidades de Dios, pues, tal como lo proclamara Qohelet, “*El fin de todo el discurso oído es éste: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala.*” (Ecl 12:13,14) La finalidad de las finalidades de las acciones de Dios siempre será la salvación para los individuos, para la raza humana y para el ecosistema. Por tanto, el castigo siempre será una mediación divina, nunca una finalidad en sí misma.

Debemos comprender que la proclamación profética no se queda sólo con el anuncio de la terribilidad del día de Yahweh, también anuncia una edad dorada que vendrá sobre nuestro planeta, así que la destrucción no es el fin de nuestra historia, el fin de nuestra historia será *la edad de oro del Mesías*. Esto se ve reflejado en la forma como los profetas terminan sus seferim (libros) en sus oráculos finales: De acuerdo con Isaías, el pueblo de Dios será redimido y “*de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová.*” (Is 66:22)



Ezequiel termina su oráculo final expresando que Yahweh estará en medio de su pueblo, para lo cual utiliza las siguientes palabras: “Y el nombre de la ciudad desde aquel día será Jehová-sama.” (Jehová ahí, Ez 48:35) El profeta Joel llega a la misma conclusión, pero lo expresa de manera distinta: “Pero Judá será habitada para siempre y Jerusalén por generación y generación. Y limpiaré la sangre de los que no había limpiado; y Jehová morará en Sión.” (Jl 3:20,21)

Oseas termina sus oráculos afirmando la rectitud de los preceptos divinos, en los cuales los justos andan y se gozan en ellos. Los justos reconocen que los preceptos de Yahweh producen vida, seguridad y reposo para siempre, por esa razón se gozan en ellos. (Os 14:9).

Toda la diatriba tronadora de Amós termina con esta hermosa pieza llena de esperanza:

En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado; para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom, y a todas las naciones, dice Jehová que hace esto. He aquí vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán. Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo. (Am 9:11-15)

La profecía de Jonás termina expresando la gran compasión y misericordia que Dios tiene por los *goyim* (gentiles) (Jon 4:11).

El Antiguo Testamento (TANAJ) termina con una presentación gloriosa del Mesías: restaurará las familias de la tierra: “Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.” (Mal 4:6)

Los dos últimos capítulos de las Escrituras (Apoc. 21,22) muestran la recreación cósmica y su incorporación a la eternidad: Un universo recreado será el habitáculo eterno del pueblo de Dios representado en la Nueva Jerusalén. Allí, todas las naciones que han sido redimidas por el Cordero Pascual, andarán a



la luz de la lumbrera del Cordero, caminarán por las calles de la santa ciudad, disfrutando de su hermosura, esplendor, perfección y ausencia absoluta de todo mal. En la santa ciudad habrá paz perpetua e inefable, habrá gozo sempiterno, y contemplación perenne del sacrosanto rostro de Dios.

Nótese, entonces, que el terrible día de Yahweh, dará paso al acto más majestuoso y grandioso (estéticamente hablando), comparable sólo con la creación del cosmos: la restauración de todas las cosas, a través de la recreación del universo. Así que si bien a la raza humana le esperan días aciagos en el presente orden de cosas (en el presente eón), también es cierto que le espera la más hermosa, indescifrable, impensable e incommunicable redención y restauración.

Por tanto, esta pandemia debe provocar profunda reflexión, y debe hacernos concluir que es una oportunidad magnífica que Dios nos prodiga para cambiar el rumbo de nuestra historia y para transformar las inclinaciones de nuestro corazón. La perversidad que se anida en nuestro ser debe ser transmutada en obediencia, conversión a Dios y en santidad agradable a nuestro Padre Dios.

Dios nos está concediendo esta oportunidad para que tomemos la decisión correcta respecto a qué hacer con nuestra relación con él. Nuestro futuro depende de esa decisión.

La siguiente visión gloriosa que vivirá la humanidad en la Era Mesiánica la presenta el profeta Isaías, y me complace en recordar:

Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. (Is 2:2-4)

A los lectores de este Breviario sólo me resta decirles: “Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.” (1 Tes 4:18) Y “Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis.” (1 Tes 5:11)



CONCLUSIÓN

El Soberano Dios (Despoth,j Ku,rioj), el Soberano de los reyes de la tierra (Apoc 1:5), creó al hombre con extraordinarias habilidades y con exquisitos dones para que éste, bien equipado, cumpliera eficientemente el encargo divino: ser administrador (oivko,nomoj) del planeta tierra. Según Sal 8, Dios hizo al hombre poco menor que *elohim*, lo coronó de gloria y de honra y lo hizo administrador plenipotenciario de los recursos tanto renovables como no-renovables del planeta tierra (*érets*).

Por creación y designio divino, el hombre es un ser político (ser gregario) y relacional, y para que pudiera desenvolverse en este ámbito (ámbito social), lo dotó de santidad, razón, intuición, imaginación creadora, capacidad perceptiva, sentimientos, extraordinaria fe, esperanza y visión de futuro. Así, estas cualidades lo cualificarían no sólo para que se desarrollara eficientemente en el entorno social, sino para realizar con solvencia moral y profesional el trabajo encomendado.

Por donde quiera que se mire esta misión y dotación, ésta comportaba una altísima confianza de Dios en el hombre, y le confería a éste grandes responsabilidades, pues, Dios “le había apostado al hombre”, al depositar tal confianza y responsabilidad en él.

Todo andaba a la perfección hasta cuando ha *Adam* (el hombre/raza) decidió explorar su propia capacidad, para lo cual necesitaba independizarse de la acción tutelar de su Dios. Tal decisión condujo a la humanidad al borde del precipicio donde se encuentra en la actualidad. Con tal decisión, el hombre pervirtió su santidad, sabiduría, inteligencia, fe, esperanza, relaciones interpersonales, capacidad administrativa, sentido de responsabilidad, moral y libertad; en otras palabras, pervirtió todas las cualidades y dones que Dios le otorgó el día de su creación. Por lo que las consecuencias no se hicieron esperar.



Su decisión lo hizo acreedor de una sentencia muy desalentadora: “*el alma que pecare esa morirá*” (Ez 18:20), la cual lo excluyó de la gloria de Dios (Ro 3:23). Al “caer de la gracia” (cf. Gal 5:4) el hombre se fue enredando en la telaraña que había tejido, haciendo imposible su emancipación por sí mismo. De esta manera, estaba imposibilitado moral, espiritual y volitivamente para sacudirse el yugo de esclavitud en el cual había caído voluntariamente (cf. Ro 1:18-32). Y esta condición degradada lo hizo merecedor del juicio de Dios. La solución a tal tragedia antropológica, moral y espiritual estaba en aquel que es el *remedium peccatorum*, es decir, Jesucristo. Pero también los individuos rechazaron la solución planteada por Dios, por lo que se exponían cada vez más a la ira del Señor.

Esta ira divina (*ira Dei*) se ha ejecutado a lo largo de la historia, mediante la voluntad activa de Dios, consistente en lo que Dios ordena que suceda, y a través de la voluntad permisiva de Dios, la cual consiste en que aun cuando Dios no ordena que algo pase, sí lo permite, toda vez que eso que permite que suceda, sin que él ordene su ocurrencia, coadyuva Al cumplimiento de los propósitos eternos de Dios.

En este estado de cosas, la Biblia ha hecho manifiestos, vez tras vez, los grandes esfuerzos que Dios ha realizado para provocar el arrepentimiento y la conversión de la raza humana. Ha hecho descender castigos moderados, y otros, con cierto grado de severidad, para que el ser humano presionado por ellos se convirtiera; por otra parte, ha colmado al hombre de su bendición y providencia, ha enviado a múltiples hombres santos a lo largo de la historia bíblica para reconvenir a la raza humana; envió a su amado Hijo, estableció la Iglesia para llamar a los hombres al arrepentimiento, y aun así la raza no ha abandonado su mal camino. Dios ha identificado las conductas que lo desagradan y lo ofenden, y por las cuales envía sus juicios y aun así no nos hemos arrepentido.

Dios, movido por su gran paciencia y bondad, nos ha indicado cuál es su voluntad, y en ese sentido Pablo declaró:

Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado. Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia,



sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo. (1 Tes 4:3-8)

Y Miqueas expresó lo que Dios espera de los individuos: *“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.” (Miq 6:8)* Pero hemos hecho caso omiso de la manifestación de la voluntad de Dios.

A pesar de todos los esfuerzos realizados por Dios, no nos hemos arrepentido. Nuestro Hacedor ha creado circunstancias para formar hombres con ciertas fortalezas con el fin de estimular a otros al arrepentimiento y a la conversión, y aun así no nos hemos dado por enterados.

Dios ha estado activo, a través de su Hijo, del Espíritu Santo y de sus santos, proclamando la reconciliación, tal como lo expresó Pablo: *“que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamus en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.” (2 Cor 5:19,20)* Pero ni aun así ha habido arrepentimiento y conversión de la raza humana.

Ha dotado a cada individuo y lo ha rodeado de un contexto adecuado para que éste, bien equipado, desarrolle sus potencialidades y se acerque, arrepentido y convertido, a su Dios, y sin embargo, el individuo no se ha percatado de esa acción divina.

Permítanme ilustrar lo que estoy diciendo con mi propia experiencia, solo que en mi caso particular, Dios me permitió acudir a él y dejar, así, que todas las circunstancias que han rodeado mi vida redunden para el cumplimiento del propósito divino en mí, con el fin de promover el Reino de Dios, y así lo he hecho:

Yo nací el cinco de octubre de 1953 en Condoto, Chocó, Colombia, es decir, en la segunda mitad del siglo XX; por designio soberano de Dios no ubicó mi nacimiento en otro siglo, ni en la primera mitad del siglo XX. Si así hubiera sido, yo no existiría aún, o ya hubiera muerto. Dios me trajo a la existencia (lo cual incluye el momento que fui engendrado) en 1953. Esta circunstancia tiene varios propósitos, uno de ellos está relacionado con el hecho que Dios quería que



yo viviera esta época y todas las realidades que han rodeado al mundo desde mi nacimiento hasta el momento de mi partida.

Yo no tuve la oportunidad de escoger a mis padres, grupo étnico, idioma natal, cultura, contexto histórico-social-geográfico y el momento histórico específico de mi existencia terrena. Todo esto me fue dado, todo fue diseñado por el Soberano de las naciones, Dios. Si bien yo no tuve ninguna opción, sí se me adjudicó responsabilidades, las cuales bien podría aceptar o rechazar. Se me dio discernimiento moral para distinguir el bien del mal y obrar en consecuencia, se me otorgó libertad para que yo escogiera libre y responsablemente la opción que considerara conveniente entre las distintas opciones que se presentarían. Se me concedió libre albedrío, para que en combinación con la soberanía de Dios, yo pudiera tomar decisiones convenientes y sabias.

Como se puede apreciar, Dios me concedió grandes responsabilidades, por cuyas comisiones u omisiones yo tendré que dar cuentas al Creador como ser responsable y responsivo. Dios ha puesto en mis manos la libertad de hacer el bien y la libertad de hacer el mal, pero también me dio la convicción de que seré responsable por las decisiones que tome, y me hizo consciente de que cada decisión tiene sus consecuencias, por la misma razón debo tener sumo cuidado con las decisiones que tomo. Así, entonces, soy consciente de que mi libertad es una libertad moral. Eso me hace ser moralmente responsable.

Y como sucede conmigo, acontece con todos los moradores de la tierra, por tal razón no podemos adjudicarle a Dios responsabilidades que no le competen, cuando las causas de los acontecimientos residen exclusivamente en el hombre. La responsabilidad debe ser ubicada exclusivamente en la raza humana, cuando ésta sea la causa de tales acontecimientos.

Muchas de las tragedias que vive la raza humana se desprenden de las decisiones que ha tomado el individuo o los pueblos: una mala decisión trae cierta clase de sufrimiento, la comisión de un delito trae consigo castigo legal; no tomar decisiones que se deberían haber tomado trae consecuencias dolorosas. En este orden de ideas, la rebelión contra Dios puede acarrearle al ser humano mal moral y mal natural. Fenómenos como pestes, plagas, terremotos, maremotos, sequías, inundaciones, avalanchas, derrumbes, etc., podrían ser reputados como males naturales provocados por el hombre (por causa de su acción depredadora o por causa de su pecado), o simplemente por la misma



naturaleza. Ahora bien, las que son causadas exclusivamente por la naturaleza sin la intervención del hombre, bien podrían provenir de Dios para castigar la rebelión de la raza humana, o bien podrían ser permitidas por Dios ya que ellas servirían a ciertos fines divinos.

Así el panorama antropológico, ¿por qué nos negamos a aceptar que Dios tiene todo el derecho de decretar el castigo que tales rebeliones son acreedoras, y que Dios tiene la potestad de aplicar el tipo de castigo que tales acciones merecen, según la legislación divina? En este orden de ideas, Dios tiene toda la potestad, que su soberanía le confiere, para ordenar un castigo ejemplar para la raza humana, o para permitir que agentes naturales se constituyan en instrumentos del juicio de Dios. Por tanto, deberíamos considerar que esta pandemia bien podría ser decretada por Dios como antesala del juicio que le advendrá a la humanidad (con la finalidad de que la raza humana dé un giro de 180 grados a su vida), o permitida por Dios porque cumple con el mismo propósito. Nunca debemos olvidar que Dios es soberano, *autókrator*, *pantókrator* y *despotés*.

Estas son verdades que cada individuo tiene la responsabilidad de considerar, analizar y, por tanto, tiene el deber de decidir qué hacer frente a ellas. Así, cada individuo debe discernir cuál es su papel real y cuál es el papel que ha asumido durante el decurso de su propia existencia, y cómo este papel ha servido a los propósitos eternos de Dios, o ha sido un obstáculo para que la voluntad de Dios se haga en su entorno o en el planeta tierra.

Por mi parte, procuro entender mi papel en el presente orden de cosas (en el presente eón), consecuentemente, procuro entender que mi rol en esta etapa específica de la historia contemporánea relacionada con el *Covid 19* es el de ser atalaya (heb. *tsopheh*-hp,co) frente a las personas con quienes me relaciono directa e indirectamente. Para comunicar mejor mi pensamiento en este sentido, debo explicar qué es un *tsophet*, atalaya.

Fundamentalmente, atalaya alude a dos realidades: a) a un tipo de torre de observación desde donde se puede otear el horizonte para ver qué está sucediendo “*allá afuera*”, y b) se refiere a un vigía, el cual puede ser i) un militar quien tiene como función vigilar todo el perímetro para advertir la presencia del enemigo, y así evitar o advertir de manera temprana y oportuna tal peligro. ii) Se refería a personas que se apostaban en montículos o torrecillas, creadas



para vigilar los viñedos, y iii) también aludía a los portavoces de Dios, quienes estaban llamados a predicar el arrepentimiento a la nación pecadora y tenían, además, la responsabilidad de pre-anunciar el juicio de Dios con el propósito de que los pecadores se convirtieran de su mal camino.

En este orden de ideas, asumo en esta época la responsabilidad de ser un *tsophet*, atalaya, de Dios, por lo cual hago propia la siguiente vocación:

A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablores para que se guarde de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se apartare de su camino, él morirá por su pecado, pero tú librate tu vida. (Ez 33:7-9)

Debo advertir que no tengo complejo mesiánico, no soy ni tengo pretensiones de ser un mesías, pero sí comprendo que cada individuo vino a la tierra con una misión específica, por la cual rendirá cuentas a Dios, y en ese sentido tengo responsabilidades, una de ellas consiste en proclamar el mensaje de Jesucristo; por tanto, si la Biblia proclama un juicio adviniente de parte de Dios a la humanidad, es mi responsabilidad recordar a las personas dicha verdad bíblica, porque de lo contrario yo sería culpable por mi silencio cómplice.

Estas reflexiones están destinadas a cumplir tres propósitos:

*Llamar a los hombres irredentos al arrepentimiento. Debo procurar que las personas que han alejado a Dios de sus vidas y lo han ubicado en la periferia, o peor aún, lo han “marginado” del ámbito humano, llegando así a cualquiera de los ateísmos existentes: teórico, pragmático, ético o probabilista, se arrepientan de su perverso camino y vuelvan a Dios, quien es amplio en perdonar, tal como lo proclamara el profeta Isaías: *“Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.”* (Is 55:7)

*Promover confianza y fortaleza en el pueblo de Dios. Los hijos de Dios debemos entender que esta época no es el fin, es una mediación, es un medio que Dios está utilizando para llamarnos al arrepentimiento, a la re-conversión y a la reorientación de nuestra vida tanto individual como colectiva. Por tanto, debemos confiar y gozarnos en el Señor, cumplir con nuestro ministerio, re-con-



sagnar nuestra vida a Dios y apartarnos, consecuentemente, de toda especie de mal (cf. 1 Tes 5:22).

*Coadyuvar en la consolación, exhortación y edificación del pueblo de Dios en estos momentos de incertidumbre, desorientación, paranoia y de variopintas opiniones (cf. 1 Cor 14:3).

Permítanme terminar este Breviario con una *visión prolépticamente* gloriosa, alusiva al futuro de la humanidad, de acuerdo con los designios eternos de Dios:

Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. (Apoc 7:9-17)



BIBLIOGRAFÍA

Gordon Davies, John, *diálogo con el mundo*, (Buenos Aires, Argentina: Editorial La Aurora, 1967)

Leibnitz, Godofredo G., *Teodicea: ensayos sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*. Primera parte: sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre, y el origen del mal.

Lennox, John, *¿Dónde está Dios en un mundo con coronavirus?*, (Colombia: Poiema Publicaciones, 2020)

Peale, Norman Vincent, *el poder del pensamiento tenaz*, trad. Jaime Díaz Rozzotto, (México: Grijalbo, S.A., 1983).

Pieper, Josef, *Las virtudes fundamentales*. 3ra ed, (Madrid: Ediciones Rialp S.A., 2010).

Zacharias, Ravi, *¿Puede el hombre vivir sin Dios?*, trad. Dorcas González Bataller, (Nashville: Grupo Nelson, 2018)

<https://eacnur.org/es/actualidad/noticias/emergencias/los-peores-desastres-naturales-del-siglo-xxi>

<https://latam.historyplay.tv/microsites/desastres-en-tiempo-real/noticias/las-5-catastrofes-mas-devastadoras-del-siglo-xxi>

<https://www.dw.com/es/tsunamis-del-siglo-xxi/g-46850600>